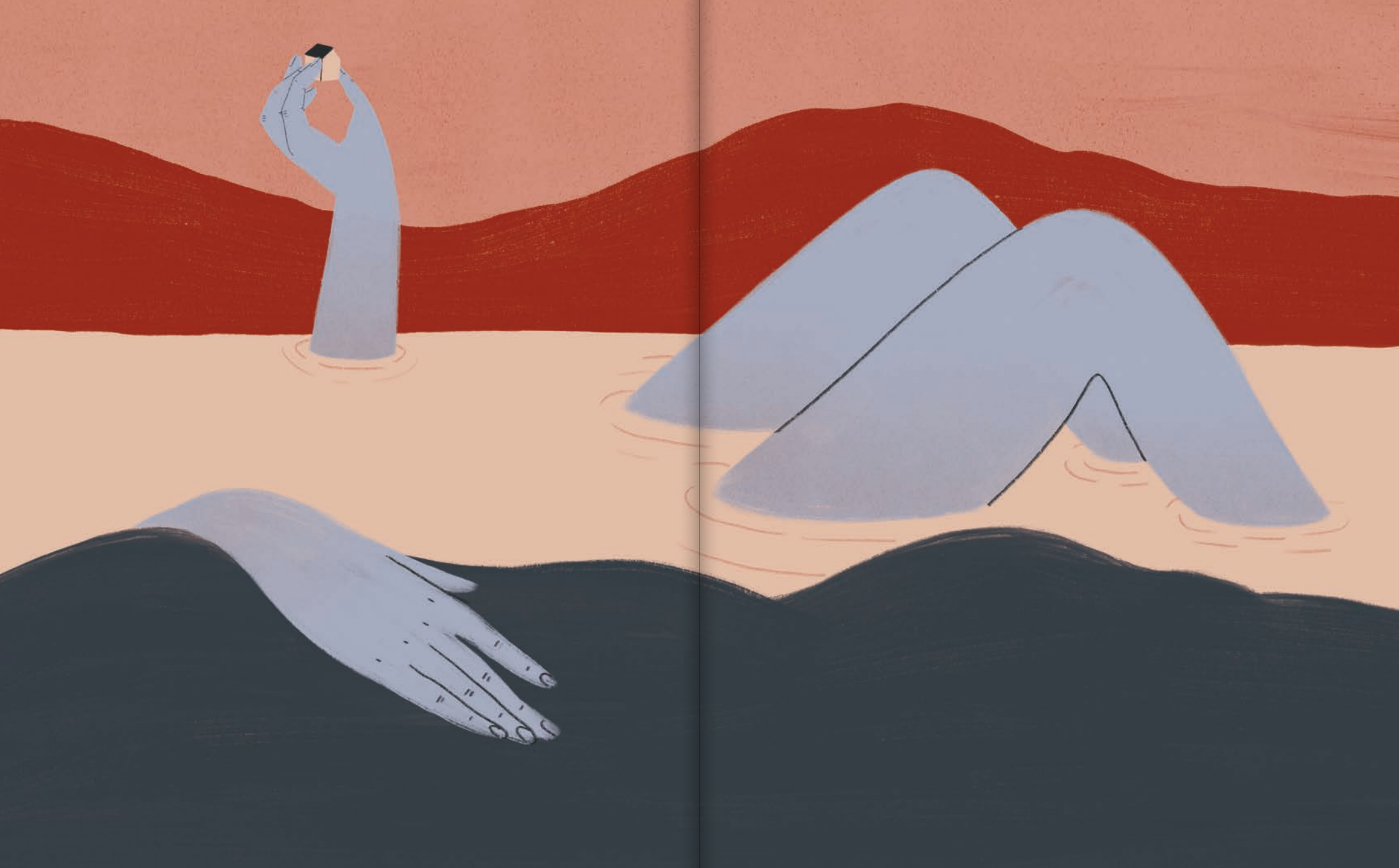




Dada la situación actual, y la posibilidad de recorrer América Latina de la mano de esta colección, quisimos proponer a diez escritores de diferentes países una pregunta que no se vence, con la idea de reunir entre todos algo de sentido y esperanza. ¿Qué ideas, hechos o personas les han cambiado la vida a los autores que se dan cita en estas páginas? Lo hicimos para tratar de descubrir lo mejor; esas punzadas del azar que de una vez y para siempre llegaron a iluminar lo incierto. Este libro está hecho de reflexiones y recuerdos que recuperan los momentos decisivos, o son el gesto para salir en su búsqueda.





Latinoamérica

cuenta
2021

Cristóbal Peláez (Colombia)

César Bisso (Argentina) · Nora Méndez (El Salvador)

Luisa Navarro (República Dominicana)

Iacyr Anderson Freitas (Brasil) · Mariana Oliver (México)

José Luis Rodríguez Pittí (Panamá)

Blanco Pantoja (Chile) · Melisa Machado (Uruguay)

Enrique Bruce Marticorena (Perú)

Ilustraciones de
Isabel Gómez Machado

Latinoamérica cuenta, 2021

© 2021, del texto: César Bisso, Cristóbal Peláez, (Daniel) Blanco Pantoja,
Enrique Bruce Marticorena, Iacyr Anderson Freitas, José Luis Rodríguez Pittí,
Luisa Navarro, Mariana Oliver, Melisa Machado, Nora Méndez

© 2021, de la ilustración: Isabel Gómez Machado

© 2021, de esta edición: Grupo de Inversiones Suramericana S. A., Grupo SURA

Autores:

César Bisso

Cristóbal Peláez

(Daniel) Blanco Pantoja

Enrique Bruce Marticorena

Iacyr Anderson Freitas

José Luis Rodríguez Pittí

Luisa Navarro

Mariana Oliver

Melisa Machado

Nora Méndez

Ilustradora: Isabel Gómez Machado

Traducción del portugués: Renato Sandoval Bacigalupo (Iacyr Anderson Freitas, Brasil)

Asesor literario: Renato Sandoval Bacigalupo

Edición y diseño: Tragaluz editores

Impresión: Marquillas S. A.

ISBN 978-958-53746-0-7

Primera edición, noviembre de 2021

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Gonzalo Alberto Pérez Rojas

Presidente de Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid

Presidente de Suramericana

Ignacio Calle Cuartas

Presidente de SURA Asset Management

Comité Cultural

Miembros externos

Carlos Arturo Fernández

Juan Luis Mejía Arango

Juliana Restrepo Tirado

Miembros internos

Ana Cristina Abad Restrepo

Jennifer Murillo Mendoza

Juliana Andrea Henao Alcaráz

Mónica Guarín Montoya

Ricardo Jaramillo Mejía

Sylvia Márquez Parra

Contenido

– 10 –

Para empezar

Renato Sandoval Bacigalupo

– 19 –

Y no te olvides de poner a congelar la infancia

Cristóbal Peláez (*Colombia*)

– 33 –

Travesía de un día aún presente

César Bisso (*Argentina*)

– 43 –

Mientras caen meteoritos en mi escritorio

Nora Méndez (*El Salvador*)

– 53 –

Si no lo sé, lo invento

Luisa Navarro (*República Dominicana*)

– 69 –

confía en mí

Iacyr Anderson Freitas (*Brasil*)

– 79 –

Saltar

Mariana Oliver (*México*)

– 89 –

El peso de la palabra

José Luis Rodríguez Pittí (*Panamá*)

– 99 –

La lucidez era de la literatura

Blanco Pantoja (*Chile*)

– 111 –

Siete vidas

Melisa Machado (*Uruguay*)

– 123 –

Fui selva

Enrique Bruce Marticorena (*Perú*)

.

– 135 –

La ilustradora

Isabel Gómez Machado

Presentación

Los libros de la colección *Latinoamérica cuenta* nos han permitido recorrer diferentes geografías, nacionalidades, espacios y realidades; hemos conocido la riqueza que nos une en la diversidad para hallar en la palabra una fuente potente y luminosa. Este año nos acogemos a las geografías interiores propias del momento que hemos pasado como humanidad, lo que se revela en nuevas maneras de habitar el mundo desde las preguntas más esenciales y simples. Qué es lo mejor que te ha pasado en la vida fue el detonante para los diez textos que ahora contiene *Latinoamérica cuenta, 2021*, el quinto de la colección.

Este año la pandemia insistió en mantenernos aislados, y de nuevo este libro quiso ser un espacio de alegre encuentro. La pregunta, en apariencia sencilla, llevó a estos escritores, desde dramaturgos hasta poetas, a una reflexión esperanzadora en tiempos donde nos abruma la incertidumbre. Ir a esa fuente que nos da un lugar en el mundo, donde

reconocemos la ilusión como el postulado que nos salva y nos renueva siempre que creemos desistir; estar convencidos de que mejores cosas están por venir, descubrir que incluso los eventos dolorosos pueden modificar para bien nuestras vidas nos hace pensar que tras una crisis tenemos la oportunidad plausible de reconstruirnos y ser más humanos.

Latinoamérica cuenta, 2021 es un ejercicio que nos invita, como lectores, a compartir un poco de intimidad, a sentirnos más cerca, a reconocer que estamos juntos en las mismas preguntas, aunque las respuestas sean múltiples. Diez escritores, como diez países, como diez amigos, nos revelan que tal vez en la infancia y en la naturaleza está lo mejor que nos ha pasado en la vida y, desde allí, agradecer el camino que llevamos con todos sus colores, sinsabores y anhelos.

Grupo Empresarial SURA

Para empezar

Siempre se ha pensado que la vida, mientras dura, es una retahíla incontable de momentos buenos, malos, regulares o simplemente indiferentes. Unos han marcado profundamente destinos que desde un inicio se barruntaban como auspiciosos y prometedores, de la misma manera que otros han encontrado desde temprana edad penas y obstáculos que, como si no hubiera sido suficiente rigor, se incrementan hasta el último momento de sus magulladas y decadentes vidas. Y aún hay otros que no han conocido grandes ni pequeñas maravillas y miserias, y que cuando al parecer han llegado al final del camino han vuelto la mirada hacia atrás y solo han visto que no hay camino, que no hay rastro, solo polvo sobre polvo.

Si todo esto es cierto, también lo es que esos destinos no son inalterables y, por tanto, predecibles. Cambian constantemente en cuestión de segundos. De modo que lo que se manifiesta como placer en un instante, al siguiente es pena y desgarró; o bien, eso que uno tiene como desgracia de pronto se hace un lance de dados que restaña toda herida y devuelve la fe en que, a pesar de todo, la vida tiene un valor e incluso un sentido.

Pero ¿quién dice que hay un valor y un sentido? Del valor, de lo que se gana o pierde en la vida, solo se puede saber con certeza si se nos es dado llegar al último tránsito con la lucidez necesaria para columbrar lo que ha quedado atrás y distinguir claramente la paja y el grano de lo experimentado. Algo parecido decía el viejo Montaigne en sus sabios y zahoríes *Ensayos*: «No se debe juzgar nuestra dicha hasta después de la muerte». Naturalmente, esto lo podrían acaso constatar nuestros deudos, pero no deja de ser cierto cuando Montaigne hacía suyas estas palabras de Ovidio: «El hombre debe siempre esperar su fin. Nadie puede considerarse dichoso antes del último instante de su vida».

El azar siempre estará de nuestro lado o en contra de nosotros, y acaso es prudente saber que los días nos tienen sorpresas de todo tipo, que fácilmente pueden trastocar planes y resultados, tanto propios como ajenos. Por eso, Lucrecio nos alertaba: «Tan claro es que una fuerza secreta se burla de las cosas humanas, se complace como jugando en romper las hachas consulares y pisotea el orgullo de nuestro esplendor». Porque lo imprevisto allana soberbias y delirios; aplanó sueños de ajeno con buenas dosis de admoniciones y reprimendas; se diría que primero deja el terreno desbrozado y luego lo alista para nuevos y más verosímiles deseos alcanzables. La Fortuna espía con ojo avizor el último día de nuestra vida para mostrar

su poder de hacer añicos lo que había edificado en años, y esto lo indica de nuevo Montaigne, que nos hace exclamar con Macrobio en sus *Saturnales*:

*Nimirum ac die
una plus vixi mihi,
quam vivendum fuit*¹.

Con todo, si lo anterior sirviese para sopesar cabalmente el valor de lo vivido hasta el último instante, es justo y necesario marcar el camino que desemboque en ese punto final, trazar la ruta o, más exactamente, descubrir la dirección hacia donde nos lleva el tiempo; imprimida con nuestro paso que, tanto como la voluntad y el azar, nos ha impulsado hacia lo desconocido. La dirección del movimiento entraña un sentido –¿estipulado por uno o por otro o por ambos?–. Sentido como modo de percibir las cosas, pero también como una razón de ser, una finalidad o incluso como una justificación de la existencia, siempre contingente, siempre elusiva, arcana, misteriosa.

Para todos el sentido de vivir es, en principio, sobrevivir, es no morir, es persistir y aspirar a prolongar los días hasta lo máximo posible –Platón decía que el objetivo supremo del hombre era el bien–. Unos lo harán satisfaciendo sus necesidades materiales más básicas, otros buscando

¹ ¡Ay!, yo he vivido un día de más, que no hubiera debido vivir.

la superabundancia y la sensación de seguridad que, sin embargo, me temo, no existe. Aunque hay unos más que, independientemente de esas preocupaciones comprensibles, quieren entender su razón de estar en este mundo, pero también tienen la prevención de no esperar hasta el último momento de la vida, como lo imaginaba Montaigne, para intentar definir esa energía que, aunque no percibida por los sentidos, no pocas veces se manifiesta en determinados hitos de cada quien. Ella les permite seguir adelante, reforzados y animados, con la conciencia de que, como dice el poeta Iacyn en este libro: «lo mejor es siempre lo contrario a la eternidad». Y el mismo hecho de esa percepción, de esa sensación, no pocas veces física, es lo que se podría llamar «belleza».

Y justamente es la belleza –uno de los nombres alternos del sentido de la vida– lo que todo artista de las siete artes, o más, necesita expresar para reafirmarse en lo suyo, pero también atendiendo un mandato urgente de esa belleza, en principio indiscernible, que quiere ser conocida y reconocida por todos los hombres de buena voluntad y dispuestos a proclamar su urgencia y supremacía por doquier.

Respondiendo a esa misión innominada, al parecer hay también una tarea asignada a los que han sido apelados desde el misterio. A eso se refería el cineasta ruso Andréi Tarkovski cuando señalaba: «Cada artista está determinado por leyes absolutamente propias, carentes de valor para

otros artistas». Para él, el objetivo de cualquier arte que no quiere ser «consumido» como una mercancía consiste, más bien, en explicar por sí mismo y a su entorno el sentido de la vida. Explicarle al hombre cuál es el motivo y el objetivo de la existencia humana en el planeta. O quizás no explicárselo sino tan solo enfrentarlo a este interrogante.

Por algo Borges decía que la belleza estaba siempre acechándonos, que los sensibles podían sentirla con todo el cuerpo, que no es el resultado de un juicio, que no llegamos a ella por medio de reglas, que o sentimos la belleza o simplemente no la sentimos en absoluto. Y remataba, desarmándonos, con el clamor de Rafael Cansinos Assens: «¡Oh, Señor, que no haya tanta belleza!».

Creo que, en ese sentido, los diez artistas de sendos países latinoamericanos que aparecen en este pequeño pero enjundioso libro dan testimonio de momentos clave en sus vidas y que, por hado o por libre albedrío, han sido procesados en carne y en espíritu, movidos por esa belleza que no tendrá fin y que quién sabe si nos dará paz por los siglos de los siglos. Y, sin embargo, ahí están las palabras inquietantes de Robert Browning: «Cuando nos sentimos más seguros, ocurre algo: una puesta de sol, el final de un coro de Eurípides, y otra vez estamos perdidos».

Renato Sandoval Bacigalupo

Latinoamérica
cuenta
2021

¿Qué es lo mejor que te
ha pasado en la vida?

Colombia





Cristóbal Peláez

[Envigado, Colombia, 1953]. Actor, escenógrafo, dramaturgo y director de teatro. En 1979 fundó el Colectivo Teatral Matacandelas, grupo con el que ha realizado más de cincuenta montajes y cerca de ocho mil presentaciones, tanto en Colombia como en varios países de América y Europa. Ha impartido innumerables seminarios y talleres escénicos. En 1996 recibió el Premio del Festival Nacional de Teatro en Cali, como dramaturgo y director de la obra *Angelitos empantanados*, entre otros galardones y reconocimientos.

Y no te olvides de poner a congelar la infancia

Heme aquí

Toda existencia es un intento de evasión del infortunio, un cuerpo tratando de sustraerse a la muerte, al miedo, al desamparo, al dolor. Poner cada mañana un pie en tierra es el comienzo de una aventura que dura veinticuatro horas. ¿A qué se levanta uno? A huir, a ampararse en el gozo, a remendarse en el indeleble deseo del mayor bienestar posible. No toda la humanidad puede dormir sin zozobras; pero quien tiene el privilegio del buen dormir, el primer paso que lo arranca del lecho quizá lo haga consciente del peligro de estar en cada amanecer descendiendo un peldaño hacia la posibilidad de una catástrofe.

Aparte de una mano rota
y un pie roto
y una diabetes mellitus
que me cayó tarde por herencia y malos hábitos
y puedo controlar con alimentación sana

he logrado existir sesenta y ocho años
que no es poco
y si no es mucho pedir
pediría un mínimo
de otra semana de existencia
para por lo menos
organizar un poquito mi rebujo
antes de dirigirme hacia la nada.
Aún no estoy muerto
y aporto pruebas estoy escribiendo no estoy muerto.
Nunca he sido atracado
hasta ahora
ni herido
hasta ahora
ni maltratado físicamente
hasta ahora.
No me he volcado en accidentes de carreteras
ni me he ido de narices en ningún avión
pero sí he sucumbido desde mi propia altura
espíritu y cuerpo
cuando el mundo pesa demasiado.
Todos los días de mi niñez campesina
(decir pobre sería un pleonismo)
están tachonados de cocuyos,
de pececitos y riachuelos

donde vivía enamorado noche y día
del firmamento
que para aquella época llamaba cielo.
Mis sensaciones están llenas
de una cocina con paredes tiznadas
y susurros de voces de mujeres.
En el edificio que ahora habito
sigo adorando a la hora del conticinio¹
percibir al otro lado de los muros
esos oscurecidos susurros de vecinas.
Mi más profundo amor son los árboles
y sigo creyendo que un barco es la perfección arquitectónica
de la criatura humana.
Mis primeros barcos fueron de papel.
Una vez estuve quince días en altamar
y no me hizo falta tierra firme
pero sí los árboles.
Viví el misterio de la existencia
que todavía me perdura
y mis miedos a la Llorona
a la Madre Monte
y al Chupasangre.

¹ *Conticinio* es un hermoso cultismo, poco empleado, que proviene del latín *conticinium*, 'sigilo', y precisamente define la hora de la noche en que reina el silencio.

Desgraciadamente en algún momento
me abandonaron esos miedos
y me llegaron otros nuevos
tan reales que también dan miedo.
Mi miedo más triste
es el eterno odio existente entre los hombres
y piel hacia adentro
vivo en el temor
como en el poema de César Vallejo
de que el peor momento de mi vida
no ha llegado todavía.

Elena no une ni lino ni lana

Con pocas casas alrededor, el salón blanco y verde del kínder permitía la vista de algunos árboles. Serían dos ventanas tal vez, dos puertas sí segurísimo; una que daba al exterior y otra pequeña por donde entraba la maestra que, cruzando el pequeño jardín de su vivienda, emergía al aula ante nuestra expectativa, cara o sello –la moneda al aire–, de si aquella sería su mañana de buen o mal humor. El ocasional desgreño con sus bucles dispersos siempre nos revelaba su estado de ánimo y le otorgaba la fisonomía de una persona atormentada. Sucedió no tan a menudo, pero, sucediendo pocas veces, para nosotros eran muchas, pues en esos días del amanecer con apellido encima le gustaba llamarnos de

súbito al tablero a solicitarnos adrede respuestas imposibles. Complacida por su victoria contra nuestra ignorancia, nos hacía extender los brazos para aplicarnos el temido castigo de un reglazo de plano que tratábamos de menguar cerrando los ojos y exagerando una mueca de dolor. Solo un reglazo, duro, contundente, a ver si aprende. A continuación, se eternizaba tratándonos de maleducados rayadores de paredes a quienes nos importaba más el juego que la educación y sigan así y verán cómo se van a quedar brutos y no van a servir para nada en esta vida y sépanlo y entiéndalo que ustedes me tienen muy bejuca. Nos dolían más sus palabras y su enojo que los golpes. Estas crisis le solían durar toda la jornada. El día, ya echado a perder, continuaba en silencio y con cuidado desmesurado sobre nuestras tareas en las que nunca contempló la lúdica como una posibilidad de aprendizaje.

Se llamaba Concha Taborda y yo la quería. Por ser un niño aplicado y, más que aplicado, temeroso, nunca me hice merecedor de su doloroso reglazo. Era una mujer ya entrada en años y una vez le oí decir a una vecina que sus castigos procedían de la desdicha de no tener sus propios hijos, que nuestros brazos lo que recibían eran las descargas de su rabiosa frustración. Ahora pienso, sin eximirla de culpa –y perdonada–, que todo aquello era, salvo felices y raras excepciones, la línea general de un vetusto sistema educativo.

Una mañana cualquiera de mitad de curso atravesó la pequeña puerta y sin los buenos días niños buenos días señorita Concha avizoramos en su despeine y rostro el arru-me de reglazos por venir. Se nos quedó mirando amarga, seria, silenciosa y de pronto echó a volar mi nombre. Aquí fue, me dije a punto de quebrarme en llanto. ¿Qué hice mal?, me repasé. Llegué hasta el tablero en un eterno camino de martirio, y ya casi con los brazos extendidos, dispuesto a anticipar el quemón de la métrica vara, ella se ocupaba con la tiza en el tablero de poner unas palabras: «sangre», «tigre», «tanque», «submarino». Lea, dijo marcialmente. Leí titubeando pues me costaba unir la g y la r, también la maldita q, que al unírsele la e volvía muda a la u: «san...g re», «ti...g re», «tan...qu e», «su...bmarino».

Muy bien –dijo la señorita Concha descendiendo en ralentí la regla que había utilizado solo para marcar cada palabra–; dígame a sus papás que le compren la cartilla *Charry* de lectura número dos, todos los demás siguen con la cartilla primera, burros.

Así fue que pasé del libro primero, Elena no une ni lino ni lana y Susana duda le sane el dedo, a devorar los pequeños cuentos en los que se incluían poemas de Rafael Pombo, Gabriela Mistral y Rafael Alberti que me facilitaron, andando los días, el salto a Jorge Isaacs, José Eustasio Rivera, Miguel Zévaco y Víctor Hugo.

Antes de saber leer, había vivido en dos errores recónditos, inconfesables, que vistos ahora me parecen del género fantaciencia: creía que todos los seres de la Tierra, humanos, animales, plantas y más allá soles y estrellas éramos habitantes en el interior de un gigantesco huevo y por ello evitaba tirar piedras hacia arriba, pues consideraba que alguna de ellas, sustrayéndose a la caída, podría elevarse infinitamente y romper el cascarón; esa bóveda celeste que, azul o blanca, tal vez no era otra cosa que, según una fácil interpretación psicoanalítica, un deseo de permanencia en el vientre. También creía que las letras en los libros eran perecederas y que una vez leídas sentían cumplido su deber y se marchaban quién sabe a dónde. Una vez mi hermano, con quien crecí y se constituyó él en un niño padre mío, me sorprendió abriendo y cerrando subrepticamente un libro donde yo, analfabeto, trataba de averiguar si las grafías permanecían en el tiempo, sorprender a las letras infraganti en su huida. Él, con una risa burletera, me aseguró que mi convicción era una bobería y me echó una persuasiva argumentación a favor de las ventajas de aprender a leer, puesto que lo que está escrito de ahí no se mueve nunca y no voy a estar toda la vida contándole lo que yo leo.

Esa magia de la permanencia de las palabras en el papel era el pedal de aceleración que requería para urgirme en el deseo de la lectura, de modo que mi cartilla de lectura

Charry número dos significó para mí un instante de autonomía en la exploración de un mundo misterioso, que se me convertiría cada vez más inabarcable y que por encima de los placeres físicos y sensoriales me ha permitido conversar con las más altas inteligencias del planeta.

Ese instante.

Ese momento.

Ahí había puesto pie firme para transformarme en un integrante de la familia humana.

Mi primer y auténtico amor fue la ensoñación en *El Paraíso* con *María* de Isaacs, después de eso, todo amor no ha sido otra cosa que fallidas puestas en escena.

Terminando de leer *Las mil y una noches* deseé que el libro fuera infinito y me enfermé de desprecio por el mundo circundante, que sentí insulso. Reencarné sin infidelidad a *María* en *Scherezade* y embrujadoras las encontré una misma.

Luego me sumergí en *Kafka* y volví a la desazón entendiendo que el mundo real era una pesadilla y no existía otra alternativa que refugiarme en el arte y en los sueños.

¡Zapateta! ¡Qué muchacho tan bruto!

En la Escuela Modelo de Envigado, obra del arquitecto belga Agustín Goovaerts, rebautizada luego con el nombre del gran filósofo Fernando González –quien siempre preconizó

la necesidad de crear una escuelita andariega, y hoy declarada, por fortuna, Monumento Nacional Cultural–, hice mi año uno de primaria. La hermosa mole, una inmensidad de ladrillo que cubre una manzana, con amplios salones y patios solariegos, albergaba a la multitud más grande de niños del municipio. Solo de varones, porque los niños y las niñas no deben estar juntos. Allí tuve de maestra a Celina Osorio Gallo, una madre alterna adornada en canas, rostro de dulzura y de amorosa enseñanza, a quien le lucía bien su delantal de popelina a cuadros blancos y azules diminutos. Me encantaba su olor, sus rollizas manos y sus abrazos que incluían leve acariciada de cabeza que nos dejaba gozosamente despeinados.

Un día dijo:

–Traiga cada cual las cosas que se quiera inventar porque vamos a participar en una velada nocturna.

–¿Qué es una velada, maestra?

–Es una cosa que se hace por la noche [*sic*].

–¿Qué es una velada? –Fui y le pregunté a mi mamá.

–Yo no lo sé, pero debe de ser algún inguandio² donde seguramente habrá velas y vestidos raros.

Conforme a ello me preparó un paquetico de velas y se dio a la tarea de confeccionarme con las sobras de sus

² *Inguandio* es un colombianoismo que se usa para denotar ‘embuste’, ‘infundio’.

telas una batola blanca y amarilla, que guardé cuidadosamente durante todo el año.

La velada nunca fue y la palabra se agarró a perseguirme para siempre.

Para el año tres de primaria, me cambié de escuela y allí me habría de accidentar contra aquello que constituye lo mejor que me ha ocurrido en la existencia: el teatro.

Fue así:

—¿Quiénes quieren participar en un sainete? —dijo acomodándose las gafas de llamativos vidrios verdes cristalinos el joven flaco e inmensamente alto profesor don Elías Aranzazu. Alcé la mano.

—¿Qué es un sainete, profesor?

—Es una obra de teatro.

—¿Y qué es teatro?

—Es una representación.

—¿Y qué es una representación?

—Una comedia, una parodia.

—¿...?

—Ya lo sabrá cuando la hagamos; es una cosa muy buena y toda la escuela va a asistir.

Fui sin referentes de televisión ni de teatro y apenas si con el trayecto del avistado de una sola película en la que me habían sumergido en una incomprensible oscuridad con una pantalla que destilaba cataratas de imágenes. El

cine no había producido en mí otra sensación que no fuera la de un hechizo de alucinación que escapaba completamente a cualquier motivación racional; ese encantador veneno habría de tardar un poco más para abrirme un estremecimiento nuevo.

El profesor empezó la puesta en escena con el sainete *El artículo 255*, un intrínquis de humor y desparpajo perteneciente a la Galería Dramática Salesiana, que con su voluminosa colección compuesta por más de un centenar de folletos teatrales en modestísimas ediciones me sorbería los sesos de tal forma que terminó por interrumpirme a mitad de camino mi bachillerato.

Ante una anhelante algarabía de quinientos niños, hice mi debut con un minúsculo rol de dependiente de sastre-ría que entra dos minutos a escena a entregarle a alguien un traje y mi única réplica era: «¡Zapateta! ¡Qué muchacho tan bruto!».

Ahora sé que cuando subí al escenario había ingresado a otra dimensión; en ella me he prolongado en un trayecto de casi sesenta años, como una mariposa anclada con alfileres a una lámina de poliestireno.

¿Qué encontré allí?

La posibilidad de no caerme de la infancia.

El artificio del juego perpetuo.

La potestad de la reversa y el salto.
Un lugar donde la resurrección vence a la muerte.
Crear, cortar, comprimir; opuesto a la realidad donde
[no hay lugar a la edición.
La insolente posibilidad de convertir un metro de tela
[en un océano,
de transformar un puñado de confetis en una gran
[tormenta.
Vivir la agonía en la perfecta salud.
El amor que dura noventa minutos y es eterno.
El ilimitado universo instalado en una caja.

Argentina





César Bisso

[Coronda, Argentina, 1952]. Poeta, sociólogo, profesor universitario y periodista independiente. Ha publicado los libros de poemas: *La agonía del silencio* (1976), *El límite de los días* (1986), *El otro río* (1990), *A pesar de nosotros* (1991), *Contramuros* (1996), *Isla adentro* (1999), *De lluvias y regresos* (2004), *Las trazas del agua* (antología, 2005), *Coronda* (antología, 2005), *Permanencia* (2009), *Un niño en la orilla* (2016), *Andares* (2019), *La jornada* (2020), *De abajo mira el cielo* (2020). Y de ensayo: *Cabeza de Medusa* (2014). Obtuvo diversas distinciones literarias, entre ellas, los premios José Cibils y José Pedroni.

Travesía de un día aún presente

La infancia es el país más extraño y maravilloso que se pueda habitar, sobre todo si ese territorio esencial contiene un río, un pueblo apoyado sobre su margen derecha, calles de arena, pájaros, cigarras, sauces, jacarandás, ceibos, naranjos y frutillares. En la orilla de enfrente asoman juncos, islas, humedales, arroyos, montes, carpinchos, nutrias, yararás y todos los habitantes que se mueven debajo del agua. En ese país, el niño abre sus ojos frente a cada estremecimiento, cada interrogante que intenta descifrar. Lo rodea una familia de padre aduanero, madre modista y dos hermanas mayores y estudiantes. Así va plasmando su identidad cultural y su deslumbramiento ante la naturaleza. Y surgen los amigos de los juegos incansables. Y llega el hallazgo de los primeros sentimientos profundos, en dos sumisos compañeros de ruta: un cordero y una yegua. El niño disfruta de esos personajes icónicos que recorren junto a él las calles del pueblo, los caminos a la escuela, la plaza, la orilla del río o la casilla de la aduana al fondo del

pueblo. El cordero va siempre a su lado, a toda hora. Por la tarde, es la yegua la que empuja el sulky para llevar de paseo al niño y sus hermanas.

Es la infancia de finales de la década del cincuenta, donde el mundo trata de resurgir después de una gran guerra y Argentina se convierte en un inmenso granero que abastece a esos pueblos mutilados. Pero en Coronda, el país de la infancia, suceden otras cosas: llegan los circos con su magia y sus destrezas y vibran sus carpas de algarabía y estupor; el padre enseña a su hijo la táctica del ajedrez y el movimiento de los trebejos, se refugia en partidas silenciosas; los siete naranjos del patio grande se impregnan de aromas y dulzuras; las dos hermanas juegan a ser mujercitas y la madre embellece con espléndido ropaje a las novias del pueblo.

De pronto, el padre aduanero debe emigrar a la ciudad y la familia va detrás de él en busca de una vida nueva. En el pueblo quedan los amigos, los juegos, los dones, los ritos, el sacramento del pan, el conjuro del agua y el aire infinito. También, las primeras pérdidas: Teke, el borrego que algún malnacido degolló para festejar un cumpleaños; Laika, la malacara, fulminada por la mordedura de una yarará a orillas del humedal. Ahora, más allá del sufrimiento, es tiempo de nuevos sueños y de otras compañías en calles de asfalto. El pausado devenir lo contempla al costado

de un río diferente, menos silencioso, más cosmopolita. Entonces el niño comienza a leer libros de aventuras y espía los títulos del diario. Las palabras tienen un encanto especial y le hacen cosquillas a su inocencia. Culmina la escuela primaria escribiendo redacciones que celebran las fiestas patrias y otras que dibujan tímidamente escenas de la vida cotidiana. Pero él aún no distingue ese estado de ensoñación. Solo sostiene el deseo impostergradable de correr tras una pelota de fútbol.

En marzo de 1965, el niño se encuentra sentado en un pupitre del colegio industrial, enclavado en el corazón de la ciudad. Un cambio muy fuerte para un pueblerino acostumbrado a calles polvorientas y orillas refulgentes. La profesora de literatura lo animó a seguir leyendo, a descubrir aventuras en las páginas de misteriosos libros. Durante el mes de agosto, se produce un acontecimiento inesperado. Se encuentra en la ciudad un distinguido escritor de Buenos Aires. La profesora conocía a un joven cura perteneciente a la institución jesuita que invitó al literato a dictar clases con estudiantes del colegio y entablar alguna charla con la comunidad curiosa y asombrada. Acuerdan que en algún momento libre puedan reunirse y tener una breve conversación con alumnos de su clase. Eligen un bar tradicional de la zona céntrica. La profesora prepara un cuestionario y designa dos representantes del aula para que la acompañen y

formulen las preguntas. La elección recae en el más estudioso y en el pueblerino.

Hasta entonces, el niño jamás había estado frente a un escritor. No conocía a nadie, por eso la convocatoria le parecía absurda. Tampoco entendía las preguntas, todas muy confusas. A los trece años recién cumplidos, solo lo motivaba la curiosidad de conocer y escuchar por primera vez la voz viva de un escritor. ¿Y cómo será el hombre? Seguramente un viejo canoso y con barba, como los dibujos de los próceres en los libros. ¿Nos contará alguna historia interesante? ¿Irá al bar? Lo más probable es que no vaya, porque lo aburrirán dos entrevistadores prematuros y tomará en broma las preguntas. Para colmo, antes de llegar a la cita, la profesora anticipa que el escritor es considerado el mejor poeta y cuentista argentino. El nerviosismo se apodera del niño. Más aún cuando se entera para su sorpresa que el escritor es invidente. ¿Es una broma, profesora? ¿Cómo puede escribir si es ciego? Entre tanta incertidumbre, la torpeza del niño es una bocanada de aire fresco. Por fin entran al bar. El párroco los recibe. El escritor está sentado en una mesa frente a la ventana. Sus ojos vacíos parecen apreciar los lapachos de la plazoleta de enfrente. Las manos sostienen un bastón. La profesora lo saluda con suma cortesía y presenta a los alumnos. El escritor balbucea palabras que los niños no comprenden. Explica a los mayores estar algo perplejo

por esas dos pequeñas criaturas dispuestas a entrevistarlo. El escritor responde cada pregunta con respuestas enigmáticas y los niños escriben lo que pueden en las hojas de un cuaderno. Cada palabra resuena extraña en sus oídos. Habla del lenguaje y los milagros que produjo en la historia de los pueblos, del misterio de la palabra, de la importancia de la sobriedad al momento de escribir, del valor incalculable de la metáfora. Poco a poco el encuentro se torna ameno, desaparecen los ruidos en la panza del niño. El escritor sonríe cuando finalizan las preguntas y alienta a los pequeños a la lectura de los clásicos. Nombra a varios. Seguramente, la profesora se los recordará mañana en el aula. Antes de cerrar el cuaderno, el niño anota el nombre del primer escritor que tiene ante sus ojos: Jorge Luis Borges. Y también el nombre del presbítero que hace de anfitrión: Jorge Bergoglio. Y se pregunta: ¿es realmente cierto todo esto?, ¿cómo hace ese señor para escribir?, ¿Dios también está presente?

Han pasado cincuenta y seis años desde aquella anécdota, que hoy reescribo a modo de confesión. Muy pocas veces me animé a contarlo y testifico que no es producto de la imaginación. Hasta que me senté a escribir este relato no había reparado jamás que Borges fue el primer poeta que conocí en vida. Tuve que trazar en la memoria una línea de tiempo para darme cuenta de este insólito descubrimiento.

Obviamente, para los ojos de aquel niño no fue un encuentro con el gran escritor, sino con un hombre ciego, sonriente, que murmuraba palabras difíciles. Del cuestionario solo recuerdo aquella frase que defendía la sobriedad y el buen uso del lenguaje: *el sol puede ser luminoso, nunca indecible*. Aquella maravillosa profesora de literatura lo guardó en los archivos de su historia docente, pero esa frase borgiana quedó grabada a fuego en mi memoria. Hoy, a un público virtual y frívolo podría llamarle la atención aquel acontecimiento, ocurrido en un bar céntrico de la ciudad provinciana de Santa Fe, donde participaron Borges y el futuro papa Francisco. Pero, sin duda alguna, pasaría desapercibida la presencia, junto a ellos, de dos ignotos alumnos del primer año secundario del colegio industrial.

Para el niño corondino, aquel momento gratificante no hubiera tenido ningún valor si ahora no narra lo que sucedió a partir de ese día. A la semana siguiente, la profesora lee en el aula un poema de Borges que habla de la fundación mítica de Buenos Aires. También lee un cuento referido al conflicto entre dos hermanos que aman a una misma mujer. Tiempo más tarde, en la casa familiar, el niño encuentra poemas gauchescos que su padre tenía guardados en una repisa y su hermana mayor le regala las rimas de Bécquer. Con pequeños brotes de emoción la poesía se revela ante sus ojos.

Al año siguiente, se produce otra tragedia en la vida del niño. Una de las hermanas, la más cercana a su edad, muere de leucemia. ¿Cómo soportar el dolor ante una pérdida inesperada de quien lo incentivaba a comprender la lectura de autores desconocidos y gozar de fantasías extraordinarias? ¿Cómo sustituir en el tiempo la insoportable carga de lo inevitable? Fue durante ese vacío existencial que se produce una epifanía y, de pronto, el niño se encuentra escribiendo sus primeros versos, dedicados a la hermana ausente. Allí comienza la compleja relación con la escritura. Desde el dolor enlaza su soledad con el fluir del ansia. Hay un rumbo inalterable. Una pulsión incesante. Solo se trata de escribir a toda hora y en cualquier lugar. Las imágenes lo asaltan y el deseo de escribir adquiere un dinamismo inusual. Está inmerso en una burbuja de interrogantes, hasta que descubre que el río urbano que tiene ante sus ojos lo conduce al cercano país de la infancia, a encontrarse con aquel otro río mansamente indómito, que se filtra en los resquicios más imperceptibles de la evocación temprana y lo lleva al sitio que le concede el milagro de la reparación.

El niño se obsesiona por hurgar, promover y reconstituir cada rincón del pueblo, cada gesto de sus amigos, cada recuerdo de la casa familiar y de sus mascotas. Apenas una fugitiva brevedad de emoción le sirve para creer que la escritura lo hace feliz. ¿Acaso escribir significa apropiarse de

recónditos sentimientos y exaltar por medio de ellos el fascinante escenario de la realidad? ¿Acaso tenga que ver con esa extraña sensación de creer ser dueño de la verdad y de tanto esfuerzo por enunciarla se transforma en un intento no creíble? ¿O acaso valga el dolor, ese que perdura y remueve y carcome la existencia, para decir que la poesía nunca podrá ser sustituida por voces impostoras, que solo se puede escribir cuando algo duele de verdad, llámese amor, desdén, muerte, pánico, humillación, soledad, pérdida, olvido? El niño dice para sí y para quien quiera escucharlo que la razón por trascender más allá de sí mismo es la que lo une al amor, la que advierte el devenir y la que lo sumerge en el abismo del misterio. Y siente al río como hilo conductor, como el aire que descubre la verdad en la belleza, mitiga el vértigo de la imaginación y enciende la luz de lo posible.

El niño comprende la armonía de la naturaleza con la vida. Describe en los cursos de agua su cosmos simbólico. Desde aquel insólito suceso y aquel zarpazo del dolor, espera en la orilla. Y nunca deja de mirar al río, porque *estremece no saber lo que da*.

El Salvador





Nora Méndez

(San Salvador, El Salvador, 1969). Poeta, narradora, ensayista, cantora, compositora y socióloga. Ha publicado seis libros de poesía, dos novelas, dos libros de cuentos y un libro de microensayos. Sus diarios han sido publicados en España, bajo el título de *Pájara en fuga. Memorias de una anarquista centroamericana* (2019). Su novela *De seudónimo Clara* (2013) ha sido considerada como una obra fundamental de la guerra y la posguerra salvadoreña. Dirige su propio sello editorial artesanal, Findemundo Editora.

Mientras caen meteoritos en mi escritorio

El silencio debería contar esta historia. Dame permiso, espíritu del camino, regálame tu permiso, pluma sagrada, pájaro sin lengua, piedra santa, planta. Un manantial podría explicarlo mejor o el viento que nos condujo líquidas al gran lugar de los dormidos que despiertan. Para entrar allí se debe llevar flores en el alma y leer las escrituras de la berenjena o haber escuchado la música de los astros. Mentira, nosotros no teníamos nada. Para entrar allí, eso sí, una debe haber llorado tanto que hizo un río o alzó un bosque. Vivíamos en una casa en cuyo jardín crecía ese árbol de almendras. Un día de tantos, cayó de espaldas como una estrella de mar y se fue. Nunca más volvió a levantarse, sus raíces estaban quebradas. Hicimos ritos en su nombre. Nos negamos a enterrarlo. Nuestro árbol de almendras, sin saberlo, nos había domesticado como a aquel zorro de *El principito*; así comenzó esta historia interminable.

El sol es una piedra brillante, miles de piedras brillantes reunidas. El camino amarillo hacia el arcoíris de Alción.

Un día de tantos encontré una escalera. Estaba hecha de pitas y colgaba en el medio de una calle por donde pasaba. Allí estaba el mensaje, una señal, y las cosas nunca son claras. La poesía me había estado llamando. Me llevó hasta Colonia, Alemania, y en un bar cualquiera me vi conversando en un idioma que desconozco con un dramaturgo alemán que creyó que guanaco era lo mismo que Tiahuanaco. También me llevó a Medellín. Cuando entré en esa ciudad, se me quebró algo. Lloré al llegar y, al momento de despedirme, rompí en aguas como una Fátima en Portugal. La poesía había llegado de nuevo y no podía ya entablar conversaciones con personas que no hablaran ese mismo idioma, la lengua poética, la del exilio. Nadie se me acercaba; yo había vuelto a ser la poeta y, así resucitada, como una fantasma, un respeto ajeno partía hacia mí desde las cosas, mi Vulgata, ¡no me toques! Fracase en el intento de seguir siendo otra, la que era antes de que la poeta volviera. Perdí el empleo, todas mis cosas y la palabra se instaló en mi vida como la primavera que crece y llega por sí sola. Aquella escalera era una cuerda donde yo me suicidaba.

En muchas familias todos escriben poemas, se los envían, se los reparten, se los dedican, no escatiman. Eso instala un nuevo reino de gente encantada que baila todo el día hasta caer en trance. La gente no va a comprender a la mujer, al hombre, al niño, cuando agita su cabeza, grita

unas palabras y llora, caído en algún lugar que coge tierra o lodo y lo tira como una suerte de magia. La gente no va a entender que la poesía es alquimia, construcción real de otro mundo. San Salvador volvía a ser mi locura visionaria. Le escribía, me escribía, estábamos una dentro de la otra. Kairós es este tiempo, el dios de lo vivido, de los instantes únicos.

El mendigo bebe del mismo charco que el pájaro. Nosotros bebemos la misma agua del chorro que beben las plantas. Cuando todos comamos y bebamos lo mismo, seremos hermanos. Recuerdo que el primer milagro lo registré el tercer día de vida de mi hijo mayor. Lo pusimos en su cuna y de pronto comenzó a tararear la misma melodía que le canté durante su gestación. Es el recuerdo más dulce de mi vida.

Caminando obtuve las confidencias de los locos y una tarde de muchas lo encontré. Un árbol de ensueño con su casita. Tenía la simpática forma de un hongo. Brumoso y eléctrico, colgaban de sus brazos cientos de claveles rojos que parecían aretes o campanas. Era músico. Crujía de una forma deliciosa. Había un rótulo: «Se alquila». Me llamaba. Ese árbol se encariñó tanto conmigo que hizo todo para que pudiera vivir con él. Una vez hecha la mudanza, encontramos en el pequeño jardín un elefante de barro. Lo primero que sembramos fue una semilla que nos había regalado alguien en el bus. Era de un árbol de rosa de

Jamaica. Ilusionada la metí en la tierra, justo en el lugar que estaba frente a la trompa del elefante. Noches más tarde, soñaría algo precioso. En ese mismo lugar, abría los ojos, yo era la planta que nacía y miraba el cielo. Tuve mucho tiempo para conocer al árbol. Me di cuenta de que dentro de él había doncellas dormidas, que luego se convertirían en mariposas. La temporada lluviosa lo descuajó; los huracanes en el Pacífico venían uno tras otro y en medio del huracán Matthew, que devastó a Haití, supe que estaba embarazada. La semilla, pese al diluvio, no brotó. Camila sí y nació al año siguiente, muy blanca y rosada. Parecía una flor. Los colores que mejor le sentaban eran los cálidos y encendidos: rojos, rosas, fucsias.

Una mañana cualquiera en que las dos muy bien bañadas salimos a tomar el sol frente a nuestro amigo de los claveles, entramos como dos aires, como si el árbol fuese un corazón y nosotras dos sangres, dos líquidos que fluían en una misma corriente y se reunían en su centro. El árbol estaba hablando dentro de nosotras. Sentía su voz tocarme, la escuchaba y podía palparla. No existían las palabras, pero sí un entendimiento, un lenguaje. Por primera vez me sentí todo el mundo. Mi hija y yo éramos una y, cuando salimos, de mis ojos brotaron lágrimas como dos cáscaras que aún no puedo quitarme de los oídos. Estábamos, como cuentan tantas leyendas, debajo de la tierra, pero era mucho más,

estábamos dentro del árbol y todo sucedía a dos velocidades: la de la ternura y la del hallazgo. Aquel sentido de unidad con todo, con todos, se traducía en un gozo quieto. Nos estábamos reuniendo con alguien conocido, con algo esperado en el tiempo, pero que ocurría en la eternidad. Solas como los locos, nos quedamos hablándole al árbol cuando salimos a somorgujo. Revisé a la niña para ver si estaba completa, si no le faltaba algo, y corrí hacia la casa, callando.

Con mis hijos compartimos el sueño. A veces soñamos lo mismo, pero uno sueña el comienzo y el otro el final. Somos como el Aleph, piezas de un rompecabezas que al unirse tienen sentido. Andrés estuvo conmigo la noche en que mi padre murió. Viajamos en el mismo sueño y abrimos los ojos cuando la luz llenó el cuarto. Comencé a interesarme por el árbol mucho más, ya no era un simple amor sino una búsqueda de sentido, de la puerta que me permitiera entrar con la lucidez de este lado de la vida. Descubrí que el hibisco es el mismo árbol de té de rosa de Jamaica o sangre de Cristo, y que aquella semilla no había nacido en la tierra sino dentro de mí. Era la hija de nosotros y del árbol. Uno solo puede recoger lo que cosecha.

Ya vieron cómo está la tierra en febrero y marzo, llena de flores, yo estaba así, estaba en la pascua de Deméter con su hija. Desde hacía tiempo que no estábamos en el tiempo, era el no tiempo cuando nació nuestra última hija y lo sabíamos.

En el fin del mundo, un par de viejos Adán y Eva, con sus dos hijos, habían traído a una niña que no solo era eso sino un árbol, una flor. Se despertó en mí un hambre desconocida como cuando a los niños les da por comer tierra. Mientras veía las flores azules del jardín, ya no solo veía, sino que sentía. Podía experimentar lo hermoso de estar dentro de la tierra: su frescura, su paz. Quería meterme de cabeza o estar siempre recostada con Camila en la tierra, mientras ella hurgaba mi pecho y jugaba a escuchar mis recuerdos. Esta niña-flor había venido a enseñarme toda la vida.

De vez en cuando miraba hacia el lugar donde planté la semilla y pensaba en las ofrendas a la tierra. Se rasca con las uñas primigenias el suelo. Se va hacia lo incógnito de la cálida tiniebla, se abre comunicación con las raíces. Se palpa el lugar donde crece una extensión de nosotros, al revés del sol. Se abre un portal donde damos algo a cambio de restauración. ¿Qué había dado yo? Sabía que algo había cambiado, que al chinear a Camila no solo cargaba con parte de la humanidad sino con la naturaleza. Volvimos a mudarnos como gitanos, esta vez a una casa con árboles frutales. Un aguacate, un mango y un arrayán nos dieron la bienvenida. Me dio por hacer compost. Era mi primera vez alimentando a la tierra. Hice de partera de sus hijos. Nacieron cientos de arbolitos. Los fuimos sembrando en los parques. Y con el compost aparecieron los gusanos y los

pájaros. Alucinábamos viendo cómo bajaban de los nidos a recoger decenas para darles de comer a sus crías. Camila se ponía a escarbar mientras decía cosas como que no encontraba a sus hermanos o hurgaba en las gavetas revolviendo mis papeles, gritando que le habían robado su futuro. La naturaleza, el no tiempo, buscó la forma de hablarme a través de la niña. Señalaba al cielo gritando «titiwa», para agregar que el sol se marchita y muere o que un dios azul se hacía verde.

Me levantaba a sembrar y trasplantar sin darme cuenta de que la naturaleza también plantaba en mí cosas que difícilmente brotarían, cosas mudas, semillas ciegas, pájaros que se tragan sus melodías. La visita del cielo había llegado. Cuando extraje esa semilla de aguacate renacida, en el comedor de mi casa brotaron cientos de plumas tan bellas como extrañas. No eran corpóreas sino lumínicas, de un blanco tan puro que se cristalizaba, y mutaban, se asemejaban en sus ramificaciones a costillas humanas, y comprendí en mi angustia y fascinación que eran las ramas del árbol de la vida. ¿Y si la verdad del universo no pudiese ser comunicada? Mi corazón, a punto de quebrarse, volvió esta vez con una foto, con el daguerrotipo del otro lado de la puerta en la que hemos entrado, entrando y saliendo como mi niña. Con las ramas del árbol llegaron los nidos, los huevos azules.

Camila nos trajo un ojo de pupila mundo y flor sol, el ojo antes de caer, antes de que el párpado caiga, nos mira. Me dejo picar por las abejas que construyen panales sobre mi cabeza. Comprendo el vientre traslúcido de las telarañas. No soy la tierra, pero en mi escritorio caen meteoritos mientras escribo. Tenemos un vivero de estrellas. Un pequeño río vive al lado de nuestra casa. Sus pájaros entran a toda hora. Torogoces¹ que me entregan semillas, iguanas azuladas que persiguen mis gatos y perros en una guerra sin fin. La madre, los mil siglos y nombres nos han traído hasta aquí. Viajé como Pakal² hacia el fondo de la tierra y desde la oscuridad he visto la luz. No sabemos adónde vamos, no tenemos un plan, pero confiamos en el plan de la tierra. Camila es la palabra más larga de mi vida. Aquella sogá con la que bajé ahora es la escalera en la que subimos.

¹ El torogoz es el ave nacional de El Salvador, de singular belleza, con un plumaje polícromo fulgurante, amante de la libertad y símbolo de la unidad familiar.

² K'inich Janaab' Pakal o Pakal «el Grande» (23 de marzo de 603 - 31 de agosto de 683) casi mítico personaje que fue un ahau o gobernante del ajawlel o señorío maya de B'aakal, cuya sede era Lakam Ha', ahora conocida como la zona arqueológica de Palenque, ubicada en el norte del estado mexicano de Chiapas. Entre otras historias, viajó varias veces al inframundo de los muertos.

República Dominicana





Luisa Navarro

(Santo Domingo, República Dominicana, 1955). Es Ph. D. en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México; magíster en Ciencias Sociales de Flacso-México, y en Gestión Universitaria de la Universidad de Alcalá. Con publicaciones en ciencias políticas, educación e historia, incursiona en la literatura con sus textos poéticos: *Azafranados* (2020), *Café con tinta* (2021) y *Viento del Este* (2021).

Si no lo sé, lo invento

«¡AVISO!». Lo dije en voz alta, pero no tan alta como para que los demás me escucharan. Lo leí para mí misma. El espacio de la casa atrapó un silencio tan pesado que la caída de una pluma de ave en el asfalto sonó como el estallido de la goma de un carro. Como cada mañana, acostumbraba a sentarme con papá, quien disfrutaba de leer en voz alta para mí, especialmente las tirillas cómicas del periódico.

Cuando salieron del asombro, él habló a la que creía que estaba muy lejos, y quien se había detenido detrás de nosotros, porque a pesar de trajinar con los huevos y los panes del desayuno, también había escuchado cuando Diógenes, mi padre, le dijo: «¡Altagracia, Luisa Oliva ya sabe leer!».

Ella no articuló palabras, pero sus ojos anegados daban cuenta de la alegría. Y he ahí mi desgracia. Lo que había podido ser el mejor momento de mi vida, se convirtió en un martirio. A partir de la lectura de esa palabra, que no me decía nada, mis progenitores descubrieron el que sería mi oficio por muchos años, creo que por toda la vida.

Y esa misma palabra fue discutida y analizada todos los días en casa. Porque, sabiendo leer, no la tomé en cuenta en

el letrero pegado a la pared en el mercado, cuando acompañaba a mi madre a hacer las compras. Cada vez que nos parábamos en un estante, doña Altagracia me hacía leerle la lista, no sé si para recordar o para presumir a los demás que su hija, tan bebita, sabía leer.

Lo irónico fue lo que sucedió al ir tras un gato. Trataba de tocarlo, acariciar su pelaje, darle de comer, ser su amiga; pero se corrió de mí. Lo perseguí, brincó de un lado a otro del hueco en la tierra que conservaba cenizas ardientes. Mis piernas cortas y pequeñas me impidieron volar, como lo hizo él, pero yo caminé sobre ellas pese a los gritos de alerta de mi mamá, aterrada. Tristemente chamuscada, me sacaron a viva voz.

Unas semanas en el hospital y luego en casa, sentada en una silla baja, para ver si me atrevía a poner los pies en el piso y caminar. Ambos pies achicharrados en carne viva. Mi madre y mi abuela hicieron alfombras de pellizas, acolchadas con retazos que traían de los talleres de costureras vecinas, para que pudiera arrastrarme y gatear, en caso de que quisiera ir de un lado a otro sin ayuda.

En poco tiempo, toda la casa estaba alfombrada hasta en la cocina, donde pasaba el mayor tiempo escribiendo las recetas de comidas que me dictaban mamá, mis tías y abuelas, dizque para un libro que iban a hacer, pero se fueron de este mundo sin publicarlo; lo que me hace pensar que hasta eso dejaron bajo mi responsabilidad.

Pero el día que empezó el año escolar lloré más que el de la quemazón. Sentada junto a mi abuela, en la breve escalinata del balcón de mi casa, vi pasar a los muchachos cuando iban calle abajo, hacia la escuela, con uniformes color caqui, medias blancas, zapatos negros, bolsos escolares, bien peinados. Algunos decían adiós con las manos, otros iban jugando y charlando. Si alguno me miraba, lo hacía con pena o asco de los pies chamuscados.

Mi abuela me lanzó un rayo consolador, susurró que me faltaban dos años para entrar a la escuela y, cuando ese tiempo llegara, yo ya estaría sana, pero también entraría con los de mi misma edad porque ya sabía leer, escribir y contar. De todos modos, se cumplió la palabra de mi abuela cuando a los diez años me inscribieron en la escuela y me ubicaron en el quinto curso, y hasta pude ingresar en el equipo de campo y pista.

Muchos años antes de rebelarme ante la esclavitud de leer y escribir para otros, empecé a cobrar por mis servicios. Me fui especializando en los que más dinero me dejaban; escribir cartas de amor. Fue como a los trece que empecé a sazonar con pasiones carnales a las misivas. Algunas de esas emociones las conocía de cuerpo presente, otras las intuía por imitación de los gritos de tía Yaya el día en que ella y tío Firí pusieron fuego en el cañaveral del ingenio. De solo recordarlo, mis poros transpiran y mis nervios se tensan. Aún puedo ver, hasta con los ojos cerrados,

las cachipas de pajilla de caña quemada y sentir el aroma dulce penetrando mi garganta. Y en vano busco la palabra que signifique eso tan pleno, pero no existe. Ese día, diez años después de leer «¡AVISO!» en el periódico, supe que hay muchas cosas que se piensan, se sienten en el cuerpo y no tienen palabras que las nombren.

En uno de sus viajes al país, después de que la enviaran a vivir a Nueva York como castigo por sus desacatos amorosos, Yaya me contó algo, como pudo, sobre eso que ella sintió, como pretendiendo no alterar mi sexualidad. Siempre supe que las palabras de Yaya no eran moldeadas por la inocencia, aunque ella trataba de hacerme creer que estaba diciendo una bobada sin importancia. Fuera en presencia o por teléfono, yo sabía cómo ella disfrutaba decirlo, contarme una y otra vez lo que recordaba de ese momento que al parecer había sido el hito de su existencia. También me hizo escribirlo más de una vez, en las múltiples cartas que compuse para Firí y por las que yo recibía más que el aguijón del morbo: el beneficio económico para comprar ropa de moda.

Mientras Yaya contaba se humedecían mis muslos. Aun así, no se me movía un solo músculo de la cara. Fui consciente de cuánto soy capaz de fingir un estado de inalterabilidad. Fue una segunda advertencia de que mis palabras eran un problema –la primera había sido la de mis piernas hechas brasas–. Empecé a esconderlas, adheridas a la parte inferior de la madera que sirve de sostén a las

gavetas, las pegaba con adhesivos para que nadie las descubriera. Ahí mismo guardaba las cartas que tía Yaya me mandaba, que nadie descubrió y que quemé el día en que soñé con una nave espacial en el mar.

Pero ¿a quién le interesaba la palabra que era mía? Pues a nadie. Todo el mundo quería que yo escribiera la suya. Empecé a leer novelas de Corín Tellado y a copiar escenas tan románticas que tanto hombres como mujeres me buscaban para poner en papel y tintas de colores sus artes de seducción. Me iba bien con las cartas, porque tanto me pagaba el destinatario como quien la recibía. Hubo casos en que fui descubierta por padres u otros interesados, que me ofrecían pagas más cuantiosas, a fin de que les diera detalles de los romances secretos que solo yo manejaba. Me volví dueña de la palabra ajena, pero siempre conservando la confidencialidad de los secretos.

Los años de la infancia eran de vacaciones alternadas: un año era con mamá a Navarrete, allende las montañas del noroeste, otro con papá a Los Llanos costeros del sureste. Era, claro, el mismo tormento; leer y escribir cosas ajenas. En una de esas, y sin proponérmelo, fue que me involucré en esos líos de Yaya.

La casona amarilla de clavo y cinc, a cuatro aguas, con aljibes laterales que recogían el agua de la lluvia, tomaba el control absoluto de la única esquina que formaban la carretera y la calle en el poblado del ingenio Quisqueya, de

principios de los años sesenta. Ahí se forjaron nuestros olores y sabores de identidad, pero lo más importante: el lenguaje, la forma que decidimos usar para llamar a las cosas.

Los haitianos vivían unos kilómetros al este, en el batey¹, y las vendedoras *inglesas* de frutas y longanizas hacían trasego desde el pueblo a ese batey y se traían las palabras con que dominicanos, *cocolos* y haitianos denominaban a los objetos, las frutas, las plantas, entre otros, y así aprendimos a identificar cómo el otro llamaba las cosas de nosotros sin usar nuestras palabras.

Terminados los días de vacaciones, nos llevábamos esas palabras a la capital, que mamá corregiría en forma rígida y sin opción de volverlas a usar, porque la manera correcta de decir las cosas era en su español cibaeno y medio liniero. Era tanto lo que ingresaba a nuestro vocabulario que no faltaron los términos que trajo tío Firí, cuando vino de estudiar farmacia en Venezuela y llegó a Los Llanos hablando raro, cuando papá fue a Puerto Rico y trajo otros que los niños fuimos incorporando con todo y acento. Pero los viejos nunca usaron estos vocablos y los sustituían por los verdaderos del español que ellos hablaban, el que habían aprendido en Santiago de Cuba y que no desaprendieron aquí. De tal forma que el vocabulario propio de la familia de mi padre era un español de ingenio, entre influencias

¹ Batey es una plazoleta que hay frente a las casas de campo.

libanesas, sirias y palestinas de cuarenta años de asentamiento en San Pedro de Macorís. Sin olvidar el español canario de papá Andrés y tío Carlitos. El español académico de la Escuela Argentina de mi progenitor y el portuñol de Libia, mi madrina. La ampliación de mi vocabulario incluía las palabras que traía del Cibao. Esa mamá también las corregía, porque decía que no quería regionalismos, aunque fueran propios.

El problema era tía Yaya, la orgullosamente bautizada como Quisqueya Trinidad Dominicana, cuyo nacionalismo era de nominación y origen. Con el tiempo de ciudadanía estadounidense y su vida en Brooklyn fue perdiendo vocabulario y acento. Ya no conocía las cosas por su nombre en español y entendíamos lo que decía porque gesticulaba, esnifaba, guiñaba y señalaba. Y hay que ver por lo que pasó mi patriota prima segunda, y a quien llamaba tía, como a todos los primos de mis padres, para que ella llegara a odiar su lengua materna y me convirtiera en su escribana.

Cuando ella llegaba y limpiaba la casa, la dejaba con aroma a mezcla de esencias. Agradable sí, entre creolina, café, orégano, lavanda y pachulí. Pero olía bueno. Entonces, era el momento de sacar del carro Caprice Classic, color chocolate, los regalos traídos desde la Gran Manzana. Porque, según ella, lo nuevo no se junta con lo viejo.

A mamá Filó no le gustaba mucho el *show* de Yaya, su querida nieta. Con acento argentino de italiana gitana que

no completaba las palabras, decía que eso de sacar las cosas al sol no era bueno porque así poníamos nuestras miserias ante los ojos de los demás. Y tenía razón. Ella que vivía de la Ceca a la Meca, entre Los Llanos y el ingenio haciendo de partera, era la mujer más solicitada en la zona, casi todos le decían madrina, pero nadie la llegó a conocer por dentro. Ni siquiera yo, pues conmigo hablaba de todo, desde el día en que nos quedamos solas y se presentó una emergencia.

Al pasar por el retiro de las religiosas, mamá Filó tocó la puerta de hierro y le pidió a una monjita que me dejaran quedar ahí hasta que ella regresara del batey, pues había llovido y el camino estaba lleno de fango. La hija de su Dios se negó, como era de esperarse.

Seguimos caminando. Ya no había casas, solo camino con agua y lodo. A ratos, ella trataba de llevarme a horcajadas sobre su cintura, pero se cansaba. Luego me bajaba. Traíamos lodo hasta las medias piernas. Le pareció escuchar un extraño crujir a la distancia. Se detuvo y me sentó sobre una piedra. «Descansa –me dijo–, esto te va a encantar».

No tenía la más remota idea de lo que hablaba. Pero ella, con su pericia existencial por los ingenios, aguardaba con cara de festín lo que había escuchado. De lejos, no distinguía nada, pero al tomar el recodo pude ver la carreta cargada de caña tirada por dos bueyes. El boyero la reconoció. «Ción, madrina», le dijo con reverencia y clara pronunciación de

ese apócope criollo de *bendición*. Y bajando de la carreta, cargó a mamá Filó y la puso en el centro como si ella fuera a conducir. A mí me sentaron sobre la caña. En una de esas, ella aprovechó y me dijo con cara de alegría: «Ahora vas a aprender a pelar caña con los dientes». Aprendí, comí caña como nunca. Ya en los barracones, dormí en el suelo sobre una toalla, mientras mamá Filó bregaba con el nacimiento del carajito. Por suerte, para mí, llovió y mucho, pues amanecieron preocupados porque se había metido el agua, lo que formó un pozo a mi alrededor.

Mamá Filó, feliz por el buen resultado del parto, salió al camino conmigo de la mano. Esperaba que algún otro boyero ahijado –porque yo había llegado a la conclusión de que mi bisabuela era madrina de todos– nos echara un empujón hasta Los Llanos. Ya no llovía. Más bien, el sol amenazaba con pegar duro sobre la sabana de Guabatico. Esperamos en cuclillas sobre los rieles de hierro y, efectivamente, llegó una carreta, pero vacía, que iba en busca de caña. «Ción, madrina», dijo también este boyero, si bien no se apeó para subirnos, como lo había hecho el otro.

Subimos, nos sentamos cómodamente, con los pies estirados, de espaldas al camino, como mirando al pasado y con los ojos fijos en los dos charcos que habían quedado donde estábamos sentadas. Mamá Filó me miró con cara de sinvergüenza. Sonrió en complicidad y dijo con gran dulzura: «La caña, mi niña, la caña».

Fue tan dulce mi relación con mi bisabuela que nunca he comprendido su dureza para excluir a Yaya del seno del hogar, como si hubiera despertado viejos odios con la nuera y madre de Yaya, que se había ido para el norte sin regresar. Porque conocí a tía Quisqueya, sé que todos los días de su vida fueron intensos, mas hubo uno que fue trascendental. Una hora después de la tisana de anís y canela de prima noche, los hijos y nietos de mamá Filó se reunieron en la enramada que servía de cocina y, al crujir de las viejas mecedoras de caoba, contaban los cuentos repetidos de cada tarde.

Tío Manuel, mi padrino, líder de los Eusebio y padre de Yaya, hizo silencio ante el inmenso destello de luz lejana y contundente. Alguno llegó a comentar que por la dirección del rayo la cosa debió de ser en San Luis. Tío Pancho, que tenía muy claras las coordenadas, pensó que fue en Boca Chica, pero todos coincidieron en que se estaba quemando el ingenio.

En los días en que Firí se casó con tía Isabel, quien ya tenía muy abultado el vientre, Yaya intensificó las llamadas telefónicas a casa para ponerme a hacer cartas y más cartas. Me decía qué escribir. Esta vez no era mi imaginación y el recuerdo de la caña quemada; ahora era ella quien dictaba. Yo escribía, le leía, me dictaba otra y otra. Después le tenía que leer lo que había escrito y cuando estaba satisfecha ordenaba la entrega. A mí no me importaba, yo cobraba por página, aunque ya tenía un gran callo en el dedo índice.

Tío Firí quiso detener el proceso; malo para mi negocio. Dejó de darme propinas; es más, me amenazó para que pusiera fin al epistolario, que ya no llevaba respuestas. Dijo que hablaría con mi padre y que la mejor prueba de su verdad es que la escritura de Yaya no era cristiana y mi caligrafía Palmer era imitación de mamá Filó.

El doctor Porfirio Díaz me podía denunciar con papá, pero no lo hizo, o no tuvo tiempo de hacerlo, porque su malestar con Yaya y conmigo fue bajo los efectos del alcohol, un día de esos en que terminaron la nueva autopista que bordea el mar Caribe y que estrenó, accidentándose. Dicen que cuando lo pudieron sacar de los arrecifes, su cuerpo estaba mordisqueado por los peces, pero que el corbatín, el que jamás se quitó desde el día de la boda, estaba intacto. Yo no lo vi, porque no fui al matrimonio ni al entierro, pero escuché tanto el relato que el corbatín es ahora parte de mi memoria. También fue en ese tiempo cuando empecé a perder mis facultades como prestidigitadora, o las que me atribuían, pero seguí haciendo creer que adivinaba. Como fuera, la gente fluía hacia mí buscando respuestas que no se daban ellos mismos.

Cuando mi abuela paterna murió, mientras cosía un ruedo de pantalón en su mecedora, yo dormía bajo sus pies. Desperté con el alboroto de que estando a su lado no lo había percibido. Después fallecieron mi madre, mis abuelos, mis bisabuelas y ninguna muerte predije. Pero nadie me

reclamó por ello, solo yo empecé a dudar de mí. Asumí que había sido pura charlatanería, pero luego las premoniciones venían en sueños. Desarrollé el hábito de escribir los sueños en un cuaderno y después los confrontaba con lo que sucedía en los días postreros.

Antes de saber que Yaya había regresado a Santo Domingo para quedarse, una mañana durante el desayuno le conté a papá que había visto en mis sueños la caída de una nave espacial en el mar. Él me argumentó que en esos días me la pasaba viendo la televisión con la llegada de los astronautas a la luna, y lo relacionaba con la muerte de Firí. Aseveró que eso no lo había soñado, sino que lo había leído en alguna parte y luego habría confundido eso leído con lo soñado. No hice caso de su comentario y seguí contando que había visto a Firí a mi lado, vestido de traje negro y un corbatín de lacito. Fue ahí que papá se preocupó y me dijo que dejara esas cosas, pues me estaban haciendo daño. Se levantó de la mesa, sin terminar el desayuno ni despedirse; solo ordenó desde la puerta: «Cuida a tus hermanos», y salió raudamente. No tuve tiempo de decirle que había despertado desesperada, con un grito en la garganta porque, aunque no lo vi, sentí que Firí se había lanzado al mar a rescatar a los astronautas.

Después de que mis hermanos y yo terminamos el desayuno, llevé los platos a la cocina y tuve que cerrar la ventana con premura porque entraban cachipas de caña quemada y







ensuciaban toda la casa. Todo se impregnó de un dulce aroma de caña que se podía degustar en la garganta y pensé en Yaya y en sus pleitos con mi bisabuela Filomena. Vino a mi recuerdo, como por asociación, el día en que mamá Filó me enseñó a pelar caña con los dientes. Eso lo conservo vívido, como cuando me contó sobre el intento de Lope de Vega de hacerse cronista de la corona con su obra *La Filomena*, la cual fue tan famosa en Europa que empezaron a abundar mujeres con ese nombre. Como sabía, en la mitología griega existía una Filomena que fue convertida en ruiseñor. Ella tenía una hermana, Progné, que fue transformada en golondrina después de vengar el intento machista de enmudecer a las mujeres para toda la vida. Pues bien, Filomena, mi bisabuela, no cantaba como ruiseñor; es más, nunca la escuché cantar, aunque contaba cuentos. La que sí canta en los karaokes es Filomena, mi hermana. Pero sus voces, para nada similares a pesar del parecido físico, dan sentido a la idea de que, sin importar lo ronca o lo aguda, las mujeres de mi casa hablamos hasta por los codos. Nadie nos corrigió antes, más bien mamá Filó se enojó como nunca el día en que tío Fernando hizo un comentario que le sonó a misógino a la doña. Los niños peleábamos por todo mientras jugábamos. Tío Fernando se molestó, entonces, pero solo con las niñas. «¡Estas muchachas nunca se callan!», dijo.

Mamá abrió los ojos para comérselo; y con los dientes apretados y con palabras inconfundibles de arrabal de

Buenos Aires preguntó: «Entonces, ¿a ti solo te molestan las voces de las niñas, no la de los niños?». Tío Fernando hizo un silencio largo y profundo y desapareció como abducido. Fue esa tarde que mamá Filó contó aquella historia mitológica griega de Filomena y Progné, hijas de Pandión, y de cómo Progné, casada con Terceo, quiso un día ver a su hermana Filomena y la mandó a buscar con su marido, quien fue por ella, pero la violó, la encerró y le cortó la lengua para que no contara su historia.

El problema de todas las mujeres del mundo lo resolvió Filomena, escribiendo en un tejido lo que había pasado. Mi bisabuela, Filomena, al fin y al cabo, me enseñó que las mujeres tenemos la escritura como escudo, aunque solo se trate de un lienzo que únicamente podemos leer nosotras. Y en esas estaba, escuchando a mi hermana que me leía un cuento de Juan Bosch en voz alta, cuando vi a papá regresar lloroso y decirnos que el vehículo de Yaya había caído al mar, que habían sacado el carro, pero a ella no la encontraron.

Después de eso, pasé muchos años sin escribir. Los bloqueos llegaron por múltiples vías. Pero, de más en más, la vida me devolvió la escribanía. De lectora y escritora pasé a ser consultora. De modo que me acostumbré a que me hagan preguntas; total, lo que no sé, lo invento.

Brasil





Iacyr Anderson Freitas

(Minas Gerais, Brasil, 1963). Ha publicado más de veinte libros de poesía, además de tres de ensayos literarios y uno de cuentos: *Trinca dos traídos* (2003), de próxima aparición en español como *Trica de los traicionados*. Ha obtenido distintos premios nacionales e internacionales, como el Premio de Literatura Ciudad Belo Horizonte y el del Pen Club de Brasil, y ha sido finalista de los premios Jabuti, Portugal Telecom y Casa de las Américas de Cuba.

confía en mí¹

nada mejor cabe en la palabra. nada mejor se inclina ante la lengua. ayer hubo un calor con avispas y abejas y hormigas en el fondo. no había jabuticaba² sin los venenos del oficio. era una nube de vida hiriendo el cielo hasta la cumbre. hoy es hielo. esto de no sentir junio en los dedos. de no ver que muere.

porque muere: lo mejor es siempre lo contrario a la eternidad. no es posesión no desalienta. tiene esta manía aleve de mentir. de no ser a veces *una ventura*. puede doblarse penitente a la hora pero florecer su espera en diamante dos años por delante de lo sucedido. así como un lucero de la mañana que emerge del lodazal ya de noche y se alza dejando pequeñas noches en el camino.

porque muere: y de tumba en tumba cumplirá su ejercicio. dobla la esquina de vivir sigue adelante pero no muy

¹ Texto traducido del portugués por Renato Sandoval Bacigalupo. Se conservó la puntuación original.

² Fruto de la jabuticabeira, árbol nativo de Brasil. En Santa Cruz (Bolivia) y en Paraguay es conocido como *guapurú*.

lejos. dura mientras dura la memoria que la trasciende. una nada. un cero. un cero enorme.

tal vez la mañana del primer día. ojos cerrados aún: el olor de ese primer día. después quizás la mano al pecho a la piel a la boca al gusto. más adelante a la leche. un poco más allá el agua. el agua del baño aún más caliente que el vocerío de las mujeres en la cocina. más cálida que la letra del padre en el reverso de la partida de bautismo. y el cielo que horada con nubes hasta la pared en ruinas. horada el fermento de ese recuerdo que cayó antes de los muertos. que no resistió a los muertos de ese primer día.

luego la luz. ver la luz con todos los cinco instrumentos. incluso el tacto el aliento el zumo el ínfimo sollozo que está en la luz. tenla entre los dedos. vela ensombrece las cortinas. medir el suelo que aún esquiva.

enseguida la casa y el resto del patio que es el mundo. luego parques árboles trompos barrancos puentes y balancines piden paso. pero se guardan los frutos a mano en ciertas épocas del año. a las serpientes a las arañas y a los venenos de las avispas les queda el año entero. y a los venenos de los propios años los pies los hombros las manos los huesos los ojos los oídos.

quizás esa inundación la grande la más grande de todas. cuando bajaron las aguas vi a mi padre cavando en el barro. lloraba. todo un solo pantano: la villa había huido. nuestra

casa era ahora una nada a la deriva de la más amplia memoria. tal vez una nada ya en la desembocadura del río que había llevado consigo todos los arroyos las canoas los vados los riachuelos los regueros los puentes los bambúes de la orilla los bambúes de antes de la orilla los estanques las ciénagas los barrizales los manglares que habían llevado consigo calendarios cubiertos alimentos enlatados de galletas con los retratos de la familia la dentadura del abuelo el corte de cambray que era el lujo de la tía Juscelina se había llevado todo incluso el perol de cobre la cuchara de cerezo el mazo de velas y cartas el mazo de marcos que no doblaron la esquina. nuestra casa ahora un cisco en una calle sumergida al peso de muchas calles. entonces mi padre se levantó y dijo *no ha de ser nada. después de la inundación traeremos de vuelta la villa. toda la villa. confía en mí.*

quizás las noches de las grandes lluvias. las noches de espejos y sábados bajo sábanas. la oscuridad total antes del mundo. la familia que compartía el aceite de la misma lamparilla la leña del mismo fogón el café recalentado con ceniza. el humo que hería mosquitos la plegaria contra las fiebres las serpientes los rayos *por nuestro señor jesucristo los rayos dios mío los rayos* y las inundaciones de todos los años *nuestra señora madre de dios los rayos.*

pero llegó un febrero o marzo sin ninguna cosecha. tampoco hubo nada en abril. el otoño perdido: las aguas no

llegaron a tiempo. el sol de sobra. que sea ese diente en la memoria. no hubo cosecha. toda el agua que faltó en la tierra llenará las latas colmará baldes y cántaros cubrirá vasijas. los frijoles más aguados. en el colador de algodón crudo el poso del café con azúcar morena que antes apenas servía para llenar una tetera ahora dará tres teteras llenas hasta el tope. la sopa de harina de maíz con repollo será una leve capa de catarata sobre las flores de esmalte raspado en el fondo del plato –y el corrugado del metal repetirá en alto relieve el grito de toda la flora–. en lugar de yuca frita en manteca de cerdo llegará la escasa yuca en el baño cocida. el melado fino ya no deja marca en la papilla de maíz. *el niño ya no va a la escuela dindinha*. no hubo cosecha en marzo. tampoco habría en abril. y mi padre *no ha de ser nada. si no ha llegado ahora es que vendrá mejor después. confía en mí*.

esa plegaria en la radio que mi madre oía. esa plegaria junto a la imagen santísima con el vaso lleno de agua sobre la mesa la plancha con brasas en las manos. la radio rota válvulas iluminando el rincón de cuarto de costura: campánulas cúpulas bóvedas como antiguas catedrales incendiadas derramándose del casco oscuro. y las seis de la tarde empujando de radio en radio su avemaría contra la noche. he ahí la vía crucis de los tugurios de tierra batida hasta el calvario de tierra batida por los mismos pies batidos con tierra enemiga. la *vía crucis* con sus catorce

estaciones yendo y viniendo de radio en radio *ahora y en la hora de nuestra muerte amén*.

pero hubo cosecha de ese marzo de bendiciones. lluvia y sol en el momento justo. la abundancia del maíz y cuentas al día. el almacén de sólidos y líquidos la botica del señor evandro cerdeira la tienda de telas de arginaldo cuña la partera doña engracia vilela todas las cuentas al día. hubo cosecha que llegó con cuadernos nuevecitos un libro verde de oraciones dos cuencos esmaltados un florero de porcelana roja unas bolsitas con pastillas de anís cinco canicas de vidrio retinto sobre el álbum lleno de figuritas. el frijol ahora con tocino de sobra grueso como el melado más grueso envuelto con papilla simple. la sopa de harina de maíz con repollo agarrándose con fuerza a las flores del fondo del plato. el chicharrón junto con yuca frita. el polvo de café que salta de la lata tres veces al día y perfuma toda la casa hasta el patio. la arepa de leche agria sobre la mesa y la caja de guayaba en el anaquel más alto. y mi padre *¿viste? sin fe nada funciona. aún después será mejor. confía en mí*.

el humo nunca fue solo para fumar. por la noche bañaba el huerto y su nube mordía de palmo en palmo los mosquitos. de él salían el verbo y el vinagre. el jamón o el pollo de los domingos de gloria. la presa de costilla con repollo la pimienta molida en la oscuridad la vinaza de las vísperas con su féretro en cruz sus clavos sus dientes sus uñas.

tal vez el milagro del cuerpo. del propio en ejercicio. o del otro de la otra: de prueba. el vértigo que apacienta el sexo. pechos bocas lenguas de dolor o de gozo. el sudor que parece sueldo y semen pero en el fondo es solo una parte ínfima de la más ínfima despedida. la de todos los días. humildísima. en adagio.

para tía adelia lo mejor era no haberse casado. ella dijo eso una vez. así no se quedaría viuda y no tendría que ir de luto penando bajo el sol en su cenit durante tanto tiempo. para juca zapatero lo mejor habría sido ir a são paulo. *tuve la oportunidad y no fui. hoy tendría una buena vida.* para celinho sastre el destino le birló la ocasión de ser actor de radio-novelas a sus tempranos veinte años. *pero sé que estoy aquí tranquilo en mi esquina cosiendo el traje para el gran día.* para doña vera lo mejor fue haber visitado la basílica de aparecida. en el cajón del dormitorio aún esconde el rosario del viaje envuelto en un pañuelo de seda dentro de una cajita de cedro labrado con ángeles y rosas con forro de satén y la fotografía del hijo muerto de tifus. para cabo viriato matías lo mejor no llegó por esa torsión en la rodilla. de lo contrario él sería el titular absoluto de la punta izquierda del gremio ludopédio calafate³. para tía augusta lo mejor siempre es esquivo. suplía con pocas sibilantes su latín de escuela normal.

³ Antiguo equipo de fútbol, desconocido y de corta existencia, de Belo Horizonte.

*melior canis vivus leonis morto
melius scitur deus nesciendo*

quizás lo mejor fue incluso no haber encontrado eso que en vano se había buscado. en cada fracción del habla de cada mañana de cada tarde o noche no haber encontrado el sentido. ese que ahora murmura la lengua que heredarán nuestros antepasados no se sabe cuándo. horas días meses años décadas medio siglo ya medio semáforo apagado –y el sentido tan lejos como en el primer segundo de todos–. *confía en mí* diría mi padre. pero yo vuelvo al humo de donde antaño se vertían verbo y vinagre yo vuelvo a la vinaza de las vísperas. *yo vuelvo yo vuelvo.*

Juiz de Fora, agosto del segundo año de la peste.

México





Mariana Oliver

(Ciudad de México, México, 1986). Es ensayista, feminista y magíster en Literatura Comparada de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue becaria de ensayo en la Fundación para las Letras Mexicanas. En 2016, ganó el Premio Nacional de Ensayo Joven José Vasconcelos. Estudia el doctorado en Letras Modernas en la Universidad Iberoamericana.

Saltar

Salto

5 m. Espacio comprendido entre el punto de donde se salta y aquel al que se llega.

9 m. Palpitación violenta del corazón.

Rojo

Pedro Almodóvar publicó un libro de relatos que leí antes de cumplir veinte años. Se llama *Patty Diphusa*. Recuerdo que la portada era de un rojo radiante, del mismo tono del telón del teatro donde la Agrado improvisa su monólogo en *Todo sobre mi madre*, del mismo color, también, que encendía las uñas y la boca de una de mis maestras de la escuela primaria. De aquella lectura conservo apenas un retazo, un diálogo borroso en el que un personaje aconseja a un chico muy joven que por ningún motivo salga del clóset antes de que sea independiente. Esa línea me cimbró. En ese momento estudiaba literatura, ya me había enamorado y desenamorado de una chica y vivía aún en la casa de mis padres, quienes, con altas y bajas, lidiaban conmigo y con palabras que les habían enseñado a no pronunciar: gay, lesbiana, homosexual. ¿Me había precipitado entonces? ¿Debí haber esperado otro momento, más adelante, para decírselos?

Las películas de Almodóvar habían sido vitales para mí: su cine era el lente desde el cual la diferencia tenía un lugar digno y festivo, era cuadro y partitura donde cabíamos las lesbianas, los maricas, los disidentes sexuales que éramos incómodos en público y en privado. Lucrecia Martel lo dijo de manera espléndida en el discurso que dio en Venecia cuando Almodóvar recibió el León de Oro: «Mucho antes de que las mujeres, los homosexuales, las trans nos hartáramos en masa del miserable lugar que teníamos en la historia, Pedro ya nos había hecho heroínas. Ya había reivindicado el derecho a inventarnos a nosotras mismas».

Salí del clóset cuando tenía diecisiete años. Recuerdo que ese día llovió mucho. A esta distancia sé que no me equivoqué. Lo hice en el momento en que se convirtió en una certeza que me liberó. ¿Cómo hubiera podido seguir viviendo con mis padres ocultándome de ellos? ¿Cuántas mentiras hubiera tenido que inventar? Sin embargo, entiendo bien de dónde viene la advertencia de ese personaje, ahora borroso, enredado entre las líneas de *Patty Diphusa*: a mí no me corrieron de casa, no tuve que salir huyendo.

Naranja

Hay una lingüista mexicana a la que admiro mucho. Se llama Yásnaya Elena A. Gil. Hace unos meses, leyéndola, encontré unas líneas en donde habla del orgullo: «El orgullo

puede estrechar lazos con la dignidad, pero también con la soberbia o, en el peor de los casos, se utiliza como un parche emotivo que cubre una herida amplia y profunda. Un relleno que trata de compensar una carencia». Yásnaya se refería a la lengua, criticaba ese mandato edulcorado que invita a los hablantes de lenguas indígenas a hablar su lengua con orgullo. Yo leí ese fragmento desde otro lugar, desde otro margen, el mío: como mujer lesbiana, que está por cumplir treinta y cinco años, el *orgullo* es un término familiar, casi domesticado. El orgullo suele ser el corazón de las consignas de la marcha de cada junio en la Ciudad de México. El orgullo colorea la avenida Reforma y el Zócalo de la capital. Entonces salimos a la calle y ondeamos la bandera. Nos pintamos la cara y nos tomamos de la mano y nos llenamos la cara y las manos de besos, ahí, en el centro, que se convierte en el centro del mundo y ebulle igual sudor y diamantina. La calle es nuestra y podemos liberarnos un rato de esa mirada que aprendemos pronto y que nos ayuda a saber cuándo estamos en peligro. En ese momento tenemos permiso de bajar la guardia.

Mi reacción inmediata a la lectura de Yásnaya fue el desconcierto. Dónde está mi herida y de qué está llena, pensé. A un costado de la página hice una nota y cerré el libro, pero me quedé pensándolo por días. ¿Tú te sientes orgulloso de ser gay? ¿Estás orgullosa de ser lesbiana? Les

pregunté a mis amigas, a mis amigos. Casi todos me dijeron que sí. ¿Qué habrían contestado mis amigos heterosexuales? ¿Se puede sentir orgullo por algo que no se escoge? Entonces caí en la cuenta de que el orgullo tiene muchas acepciones y, por lo tanto, tiene muchas caras que hacen gestos diferentes. Como dice Yásnaya, el orgullo puede rozar con la soberbia, pero también se refiere a la satisfacción. Mi orgullo no tiene que ver con la arrogancia ni con la superioridad, sino con el amor propio. Para mí, la otra cara del orgullo es la vergüenza. Así que me siento orgullosa de la primera vez que dije que soy lesbiana sin sentir vergüenza; pero estoy orgullosa, sobre todo, de no haber vuelto a sentirla nunca.

Amarillo

El matrimonio igualitario se aprobó en la Ciudad de México en diciembre del 2009. Seguí la noticia por televisión con mis amigas, algunas parecían escépticas, otras asombradas. Hasta ese día, yo nunca había deseado casarme ni conocía una sola pareja de mujeres que lo quisiera, ¿cuál hubiera sido el sentido de aspirar a algo que no podía tener? Ese día varias parejas se casaron frente a una multitud de cámaras y reflectores. Recuerdo en particular a unas chicas vestidas de blanco que sostenían a su hija en brazos mientras firmaban el acta. Afuera de la corte la

gente estaba dividida: los activistas en plena celebración hicieron de ese día una fiesta; los grupos conservadores estaban indignados, augurando el fin de la especie y la ira de dios. Uno de sus portavoces dijo que nosotros, los homosexuales, éramos libres de hacer lo que quisiéramos, pero en nuestra casa, donde nadie pudiera vernos. Quería mandarnos de regreso al clóset.

La palabra *clóset*, etimológicamente, se refiere a un espacio reducido. Del latín *clausum*, que significa 'cerrado'. De la misma familia que *claudere*, 'cerrar'. Lo que es secreto, todo lo que no es público. El clóset es un lugar minúsculo que te asfixia, un espacio en donde no te alcanzan los rayos del sol.

Verde

Dejar de preocuparte por lo que no debes decir. Utilizar los sustantivos, los pronombres y las terminaciones precisas en femenino. Abandonar palabras que se prestan al juego de la ambigüedad como *pareja*, *compañera*, *persona*. Contar con soltura lo que hiciste durante el fin de semana. Aprender a leer los signos de incomodidad en otros cuerpos: desde una mirada insistente o un movimiento involuntario de cejas, hasta la rigidez de quien duda en acercarse. Saber que hay mesas a las que no vas a estar invitada. Aprender a que nada de esto te importe. Bailar guiando. Bailar siendo guiada.

Decir *esposa* cada vez que alguien pregunta por mi esposo. Imaginar otros modos de hacer familia. Inventar otras posibilidades del amor. Actuarlas.

Azul

Mi hermana y yo veíamos películas casi todos los días cuando éramos niñas. Ella cambió de película favorita montones de veces; lo mismo se entusiasmaba con narraciones protagonizadas por gatos, perros dálmatas o por ratones que planeaban un albatros. Yo tenía una sola obsesión: *Mulán*. Me encantaba que fuese la historia sobre una joven aparentemente común, que no era princesa, ni noble, ni estaba esperando a ser salvada. Su desobediencia me parecía seductora: sabotear sus encuentros con la casamentera, olvidaba memorizar los preceptos y hablaba sin pedir permiso.

La historia de *Mulán* es bastante conocida: con la invasión de los hunos a China, su padre es llamado a unirse nuevamente a las filas del ejército, pese a su edad y condición. Entonces, durante la noche, *Mulán* toma una espada, se corta el cabello y se disfraza con la armadura de su padre, encima el yelmo, encima el peto y la pancera, y parte hacia el campamento militar para sustituirlo, haciéndose pasar por un hijo varón inexistente. Como la «impostora» que es, su séquito está compuesto por otros seres en apariencia insignificantes: un dragón venido a menos y un grillo color

celeste. El resto de la historia es predecible, mas no por ello menos aguda: *Mulán* no solo exhibe el carácter performativo del género –nadie sospecha que «un guerrero» admirable pueda ser una mujer–, sino que gracias a su valentía y a su inteligencia se convierte en la mejor entre los soldados y salva a China y a su ejército del desastre de la guerra.

Había una escena que me gustaba particularmente. Luego entendí por qué. En un momento de descanso después del entrenamiento, *Mulán* va a bañarse a un lago pese al riesgo de ser descubierta en su desnudez. En pantalla solo alcanzamos a ver que suelta la cinta que le recoge el cabello y este le cae sobre los hombros; se ha despojado ya de la ropa de varón y de la armadura de combate, esa que la protege, pero que le pesa. Se lanza al agua y cuando sale a respirar, abre los ojos y sonríe. Está ligera, ligerísima bajo el agua, libre de pretender ser alguien que no es.

Ahora entiendo que *Mulán* no es la historia de una chica que salva a su padre de ir a la guerra o a su país de la invasión. *Mulán* es la historia de una mujer que se salva a sí misma.

Violeta

Desde que tengo memoria le temo a las alturas y a la velocidad. Apenas mi mamá pisaba un poco el acelerador cuando se hacía tarde para llegar a la escuela, yo ponía las

dos manos sobre el asiento acolchado y lo apretaba fuerte, hasta dejar marcada la silueta de mis manos. En la clase de natación, todas las niñas disfrutaban el momento de los clavados, se lanzaban gozosas una vez y otra hasta que la clase terminaba; en cambio, yo padecí siempre el borde del trampolín, lo evitaba cuando podía. Salir del clóset fue como si hubiera saltado en paracaídas para aterrizar en las aguas de ese lago sanador de *Mulán*. Fue liberador, sí, pero al mismo tiempo terrorífico.

Un salto es un trayecto que no tiene retorno. Con ese salto elegí no volver a esconderme de mí, ni de los otros. No volver a censurarme. Elegí también cumplir solo con mis expectativas, pese al vértigo. No imagino cómo habría sido mi vida sin ese salto, si me hubiera quedado paralizada en la orilla, mirando todo a lo lejos. Nada de lo que me rodea en este momento existiría: hoy es viernes y pedimos pizza para cenar. Laura prepara una clase de estadística, debe ser sobre algo complicado porque el té sobre su escritorio está intacto. Mi hijastro Leo, que está por cumplir diecisiete, escucha una canción que le gusta; lo sé porque alcanzo a ver el movimiento rítmico de su pie. Yo le doy un trago a mi vermut cada tanto. Mientras borro y reescribo, revolotea una frase de Leila Guerriero que leí por la mañana: *y esta es exactamente la vida que quiero tener*, dice. Acaba de sonar el timbre.

Panamá





José Luis Rodríguez Pittí

[Ciudad de Panamá, Panamá, 1971]. Autor de varios libros de cuentos, poesía y ensayo, como *Panamá Blues* (2010), *Sueños urbanos* (2008), *Crónica de invisibles* (1999), entre otros. Creador y director de múltiples proyectos culturales, festivales y publicaciones, como la revista literaria *Minitextos*. Fue cofundador y presidente electo de la Asociación de Escritores de Panamá. Ha desarrollado proyectos de investigación en el campo de la inteligencia artificial, rama de la ingeniería sobre la que ha escrito dos libros. Actualmente vive en Toronto, Canadá.

El peso de la palabra

«¡Ah, de la vida!»

Lo sabemos muy bien: es puro azar que en este mundo, en esta galaxia, en esta parte del universo, se hayan dado las delicadas condiciones necesarias para que se desarrollase la vida que conocemos y que ambos seamos una de sus formas con imaginación, memoria y entendimiento.

El agua encantada

Es octubre y llueve sin parar desde hace días. Las gotas, gruesas como dedos, aporrean el techo de cinc, con cadencia regular, perfecto ruido blanco. A cierta distancia, una corriente brama en su recorrido por una zanja que limita el terreno frontal de la casa con el camino.

En una esquina del zaguán, el agua que cae del techo se acumula en un agujero. Es un agua cristalina, al fondo de la cual se ven fragmentos de tejas rojas, entre rocas grises y diminutas flores. Acucillado, un niño coloca nuevamente tres pequeñas hojas secas en una de las orillas de ese lago

en miniatura y las observa atravesarlo lentamente, empujadas por corrientes de agua o de aire que, de otra manera, serían imperceptibles. Lo ha hecho toda la tarde, fascinado: las hojas barco siguen siempre la misma dirección en la que entrecruzan sus caminos, cada vez en rutas distintas, aunque siempre similares, gobernadas por unas reglas misteriosas, pero claramente presentes. En su mente, al menos una de las naves enarbola la temida *jolly roger*¹ y persigue a dos galeones españoles, cargados de tesoros sacados de quién sabe dónde, que escapan a todo trapo en complejas maniobras náuticas.

Poco a poco, mientras el niño se mueve entusiasmado y sueña con piratas, la escena es envuelta por el olor del guiso de la madre, que cruza cada habitación, cada pasillo, cada rincón de la casa, hasta cubrirla toda, reforzándose en lo más profundo de su memoria. Pronto todos estarán en la mesa y atrás habrá quedado el Caribe en ese agujero y las batallas navales. Ahora no lo sabe, pero algún día, décadas después, este aroma irrepetible, el movimiento orbital de tres objetos y el sonido del agua serán para él equivalentes a la felicidad.

¹ *Jolly Roger* es el nombre que recibe la bandera tradicional de los piratas de Europa y América. La más conocida es la negra con una calavera cruzada por huesos en blanco, usada por Edward England.

La intuición soñada

Me gusta llegar a la vieja casa. No solo por todo lo que contiene o lo que significa para mí, sino por el espacio que ocupa, distinto de una manera que no sé explicar, como si allí todo fuera más intenso o los sentidos, que lo recogen todo, más finos, más sensibles.

Así que antes de entrar me detengo a disfrutar de la brisa que trae el olor de los árboles de guayaba de los patios de las casas, el último color de la tarde con su luna creciente, el ritmo del pueblo en estos días y noches de igual duración, equinoccio en esta parte del trópico sin estación definida. No lo sabía, pero el encierro de la pandemia con la que empezamos la década de los veinte no me dejaría volver en mucho tiempo.

Cruzo el umbral y allí está mi tía que se ha quedado dormida con un libro en la mano, sentada frente a un abanico eléctrico. Tiene casi cien años y no deja de ser una gran conversadora, capaz de conectar ideas, lecturas y experiencias, por igual antiguas o muy recientes. Deseo mucho poder saludarla y conversar con ella, aunque no quisiera despertarla. Pero ella ya ha notado mi presencia. Me dice que no estaba dormida, que sabía que yo iba a llegar en cualquier momento y solo pensaba con los ojos cerrados en un sueño sencillo, pero muy curioso, que aún no sabe cómo interpretar.

Me cuenta que, en algún momento de los años veinte del siglo pasado, una vecina que los apreciaba mucho les regaló una cabra. Según la señora, el animal era especial, pues no producía leche de cabra, sino leche humana. Esa leche debían dársela a mi abuelo, hermano mayor de mi tía, para tratarle alguna enfermedad que le afectó las vías respiratorias en esa época. Con el tiempo la enfermedad de mi abuelo se olvidó, mi tía creció y aprendió sobre las propiedades de la leche de esta especie, semejante en muchos aspectos a la de los humanos y beneficiosa por diversos motivos, y le pareció graciosa la ocurrencia de la vecina.

Pero me sigue diciendo que lo interesante de la historia no es eso, sino lo que leyó hace poco: unos científicos rusos intentan modificar los genes caprinos para que estas criaturas produzcan no solo leche de mujer, como le dijeron que sucedía con el animal regalado a mi familia, sino un calostro idéntico al humano. Me explica que el calostro, según los científicos, es rico en diversas sustancias que sirven al sistema inmunológico, en especial una que afecta el mecanismo usado por los virus para contagiar las células, protegiendo de enfermar a quien lo tome. Maravillosa la naturaleza, esta primera leche de la madre protege al bebé de sus contactos iniciales con estas terribles y mortales estructuras.

Sin entender del todo si lo soñado había sido la ocurrencia de la vecina o lo de los experimentos de los rusos, le

digo que su sueño me parece extraordinario. Y me contesta: «No te he dicho el sueño aún». En el sueño, continúa mi tía, ella entró por esa misma puerta y me dijo: «Niña, vienen tiempos duros. Beba usted también de la leche de la cabra, no se me vaya a enfermar».

Nos quedamos en silencio, pensando ambos un rato, antes de que mi tía hiciera un gesto con los hombros, introdujera otro tema y continuara la conversación.

No volvimos al tema del sueño. Ese día no teníamos los elementos necesarios para entenderlo. Pero eran tiempos muy duros los que venían.

Más allá de los muros

Bajamos las escaleras con disciplina marcial, como nos exigía el código de conducta, y con el mismo orden formamos dos largas filas frente a la única entrada abierta del gimnasio, desde la que un solo profesor controlaba que se mantuviera el orden. De pie junto al portón a medio correr, abierto de tal manera que en el espacio que quedaba solo pudieran entrar dos personas a la vez, nos miraba con el rostro serio de un matón de mala película. De vez en cuando, daba indicaciones, exigía que hicieran silencio, a algunos les mandaba a arreglar algún detalle del uniforme, y a dos les quitó revistas que trataban de ocultar. A la izquierda del profesor, junto al gimnasio, estaba el campo de fútbol

encerrado por una cerca de ciclón de tres metros de alto, coronada con una serpentina con navajas, de esas que usan en las prisiones.

De pronto, algo sucedió. Dentro del gimnasio se escuchó una algarabía y el profesor abandonó su puesto para entrar. La fila se rompió. La gente empezó a acumularse sobre el portón, tratando de ver lo que sucedía adentro. Comenzaron unos gritos a coro: *pelea, pelea*. Yo, que ni tenía interés en ver a dos tipos pegándose o, mucho menos, escuchar al obispo sermonearnos, aproveché para correr hasta una paredilla, detrás de la que me escondí. Pronto volvió el orden, el silencio y la formación perfecta en la que la gente terminó de entrar antes de que se escuchara el sonido del portón que el profesor cerró con llave.

Aun así, no me moví hasta estar seguro de que no quedara nadie en el área que pudiera descubrirme. Se escucharon los cantos de la gente recibiendo a los curas y al obispo. Cuando mil pechos empezaron a golpearse declarando la culpa de todos, decidí que era el momento. Con paso rápido caminé en dirección al fondo de la cancha de fútbol. Sabía que al final, en la esquina en la que termina el terreno del colegio, había unos arbustos, detrás de los cuales la cerca estaba rota. Por allí podría salir y por allí mismo pensaba regresar al final de los actos que seguirían a esa misa sin que nadie se diera cuenta de mi ausencia.

Justo pensaba en eso, cuando en vez de acelerar el paso me dio por mirar hacia atrás.

El gimnasio estaba delimitado por paredes de unos tres pisos de altura terminadas en un enrejado para ventilación de un piso adicional de altura que permitía, a los que se pararan en las últimas graderías, ver hacia afuera. Justo allí había dos estudiantes mirando hacia abajo. Al voltear y cruzar la vista con ellos empezaron a gritar. En un segundo, el tiempo se detuvo para mí, pero no para el profesor que vi cómo se levantaba, miraba y se llevaba la mano al bolsillo. La oración del obispo fue interrumpida por mil voces que repetían a coro: *fuga, fuga, fuga*.

Escuché un silbato frenético; empecé a correr. Pero en mi mente, la cancha se alargaba hasta hacerse infinita y mis pasos desquiciados no alcanzaban. Abrieron el portón del gimnasio del que salió una multitud frenética a perseguirme. En mi imaginación agitada, sentí que salía también una imposible jauría de perros. Poco a poco, mis pasos ganan tracción, y el terreno empieza a moverse hacia atrás hasta que el arbusto y yo nos alcanzamos.

Apenas cruzo el hueco en la cerca, el maleficio se deshace y la multitud perseguidora, el colegio con su misa en el gimnasio, el obispo con los demás curas y todos los profesores quedan atrapados en el tiempo, fijados en una viñeta en mi memoria.

Frente a mí, la calle –la ciudad– y la mañana luminosa se abren sin límites.

Imágenes de la memoria

En la vida y en los sueños el tiempo sucede en la memoria. Sucesión de percepciones y pensamientos, en una hora, en un año o en la vida entera; no habría historia si no fuera porque podemos recobrar de la memoria o recrearlo todo en la memoria. La procesión continua de conversaciones, escenas, bailes, lecturas, comidas, sonidos, aromas, golpes, besos, texturas, todo existe solamente porque podemos recordarlo o inventarlo. Porque la memoria de lo vivido y la de lo soñado es la misma.

Al recrear en el presente el sabor de la guayaba, no hay diferencia entre el del fruto específico que alguna vez probamos y grabamos para siempre o uno que nunca comimos pero hemos inventado en un recuerdo que no tenemos.

La realidad y la ficción tienen igual peso en nuestra mente y el futuro lo construimos empujados por la fuerza de todo lo que puebla nuestra memoria, imaginado o vivido.

Chile





Blanco Pantoja

(Santiago, Chile, 1983). Es editor e ilustrador. Su último libro de narrativa es *Hoguera* (2021). Ha sido incluido en la lista de Honor IBBY (2012, 2018), en la Lista White Ravens (2017) y ha ganado dos veces la Medalla Colibrí-IBBY Chile (2015, 2017). Es director de Erdosain Ediciones, sello especializado en la publicación de libros ilustrados de literatura, arte y ensayo. Desde el año 2017, es profesor del Diplomado de Ilustración de la Universidad de Chile.

La lucidez era de la literatura

Cada día es más largo que el anterior. Una nueva estría para los anillos del caparazón. Soy el anquilosaurio, el armadillo, el rinoceronte capricornio. O tal vez cucaracha, escarabajo, duro insecto. O tortuga. Tortuga está bien. Duro, pero no hostil. Caracol de mar también puede ser. Una concha, un salón rumoroso como hogar. Crustáceo. Algo tierno y sin forma definida, protegido en la abstracción de una geometría ósea, una cáscara, hecha de rombos o con una espiral que imita el infinito. Lento, pesado, largo sueño.

Si me apuran, diría que el momento más triste fue el más feliz. Tantos, y todos ellos, colapsados unos en otros, uno solo. El último de ellos, el guijarro que hace a la montaña un momento más alta que ayer. En estos términos, la vida es una geología veloz, peligrosa y propensa a devastarse. Si ese niño que vio el silo abandonado, túnel por el que conocimos las estrellas, ser arrasado por retroexcavadoras; ese niño que vio al caballo muerto en la zanja sin nadie que lo llorase, o a la higuera del estío secarse sin remedio;

si acaso yo soy todos esos niños, lanzados desde allá hasta aquí, entonces toda esa tristeza trascendente bulle hoy en el caldero enjundioso que es la alegría indómita de la vida ciega. Miro, la mesa llena, bien servida: ajos asados y ajíes verdes tostados. Amarillo pan. Oro comestible, efímero, beatitud. Fuego y plantas que son maná. Un rosario de sucesos engarzados como dientes caídos, perlas en la madeja, la urdimbre de la existencia opaca, misteriosa. Titilan y se van sumando, van estrellando la noche de la memoria, decorando la comba del cosmos insondable: otro caparazón.

Una sucesión de milagros. Esa serpiente que es el tiempo. Si miro hacia atrás, me atraganto con mi cola. Si miro hacia adelante, yo mismo me adentro en la boca del reptil. Escamas imbricadas, perlas en el collar de los milagros. Una vez miré hacia arriba, porque era chico y el mundo era un lugar horrendo y sin escapatoria –ya entonces estaba loco, esperaba la luna salir detrás de los Andes como si fuera algo prohibido. ¡La misa negra de la naturaleza! A la que no acudí en vano. Hubo mucho sucumbir, bautismos en el barro-. Y vi nacer las gotas sobre un fondo encandilante de blanca luz que fulminaba mis retinas. Negras, de una blanca nada, un puntito que antes no estaba ahí se ensanchaba incardinado en ningún lugar, e infinitos otros, absurdos, hacían lo mismo y caían. Caían y eso era todo. La lluvia, aunque profusamente explicada, cosa prodigiosa, vacía. Y así, ocasos,

árboles únicos y con nombre propio, canales turbios, montañas azules y volcanes, estrellas y un cometa desconocido –¿o fue un sueño?– en el delta del Paraná; oscuridades y perdiciones, algunos animales y fantasmas, algunos muertos, cada vez menos familiares, amados amantes, la fogata de la amistad. Pero ¿cómo separar una perla de otra? La misma Fortuna le da, harta de tanta cosa, coces a la rueda de madejas que ya, a estas alturas, no puede gobernar. Esta cosa vasta e indescifrable que es el mundo, este orbe que no puede detenerse.

Y está bien. Hoy está bien, creo... Es una cosa del entusiasmo. Una fe de etimologías, mapas del tesoro, rastros fuera de los muros... ¿Lo mejor que me ha pasado en la vida? No puede contestarse. Y esto es una revelación. La pirita arde como la zarza en el desierto de Atacama. Era mi primera vez en el norte. Fuimos a ver a mi abuelo mormón que trabajaba en las minas. Yo deambulaba con los ojos pegados al suelo, como queriendo encontrar un rastro familiar, algún sulfuro que conectara la estremecedora visión que la noche anterior me había dado de la Vía Láctea en el mejor lugar de la Tierra para ver las estrellas. Y, en efecto, el árido sendero ardía de constelaciones minerales aquí y allá. Me arrojé al suelo. ¡Había encontrado oro! Todo el suelo de la tierra dura del desierto estaba desperdigado de oro. Llevé un puñado del fulgente y amarillo metal

frente a mi abuelo. Se rio de mí. «Eso no es oro. El real es una piedra ocre y sucia enterrada en la tierra. Esto que tienes es tus manos es pirita. No vale nada. Pero los que nada saben, encandilados por la forma en que relumbra la luz del sol, piensan que es oro. La pirita es el oro de los tontos». Años después, Violeta Parra me diría claramente cuál era mi bando: ese patriarca severo era el huecufe¹ que allana las montañas en busca del oro. A otros, basta el oro que relumbra del sol. Y en la memoria, como una Aldebarán², arde todavía ese sol en miniatura imbricado en las piedrecillas de mi mano infantil, astro principal de la constelación que me conforma –¿vivirán, como las estrellas de verdad, eones en esa oscuridad?–. Pirita, el oro de los tontos, fue mi zarza ardiendo en el desierto. Y eso es todo. ¡Silencio! En la sombra de su luz encontré aquel día el cuaderno del tiempo. Un monje asoma su calva molletera por el caparazón, agujero entre las piedras. Sale a mirar la lluvia, los relámpagos, todo lo anota en el libro. Mira el cielo suceder.

¹ *Huecufe* es un nombre genérico para describir a los seres míticos de la mitología mapuche que por lo común son dañinos para el ser humano. Según el Mapudungun, esta palabra puede igualmente ser atribuida a alguna persona que tiene la cualidad de ser mentirosa o traicionera.

² *Aldebarán* es la estrella más brillante de la constelación de Tauro y la decimotercera más brillante del cielo nocturno.

Años transcurrieron, yendo y viniendo entre los potreros de una aún rural Santiago; las playas de Santa Teresita en Argentina donde tristes primos intentaban liberarse del yugo de compartidas tiranías familiares; el campo infinito y deforestado, esa isla de yerba y vacas junto al mar que es Uruguay, en donde alguna vez floreció una diminuta familia que fue dispersa. La vida pareció siempre una aventura desesperada: huir de la pobreza, intentar abrazar una libertad. Enloquecer muchas veces, y hacerse fuerte en la resistencia. Un inesperado trabajo entre libros y literatura, que se extendió más de lo sospechado, me arrojó, después de quince años de precipitadas aventuras y fértiles deudas, de la ciudad al campo. Vivo en la punta de un cerrito, frente a una quebrada, desde la cual, a lo lejos, se puede ver el mar. Es un parque jurásico en miniatura, donde aún resiste un agónico y secreto mundo salvaje. Allí, bien y mal, construí una casa, desde la cual intento hoy contestar esta pregunta, encender esa hoguera, ver de nuevo el oro del sol relumbrar en la pirita. Un águila tomó un conejo, se lo llevó volando. Un tucúquere³, gran búho rey de la noche, ululó enmarcado por la luna llena. Dos colibríes se bañaron en un arroyo nacido de una lluvia temprana, cerquita de mi cabeza, como si no estuviera allí, como si no existiera. Yo los

³ *Tucúquere* es un ave nocturna, de plumaje rayado. Vive en Sudamérica, desde Tierra del Fuego hasta el centro de Perú.

vi, y tenía cada uno coronas carmesí que no podían ser verdad. Una cosa del demonio. Y cada vez que un milagro ocurrió, un duende cobró la epifanía: algo que no debía perder desapareció para siempre. Trato justo. Hoy se sobrentiende. No en vano entran los mortales a la misa negra de la naturaleza. La entrada al reino se paga con ofrendas.

Derrotero. Sueño. La memoria es una vitrina saturada de elementos que no puedes tocar. Los ves desde la acera y el local que las exhibe está cerrado. ¿Hay, en ese museo de uno mismo, algo a lo que uno pueda llamar «lo más feliz que haya sucedido»? Si está acaso ahí, si lo encuentras, debe parecerse a un sueño. En vano es intentar retenerlo. Siempre se llega tarde al conocimiento. Lo más feliz resulta ser lo más vulgar, lo que está en cada uno que nace: dormir y soñar... Y eso es todo. Van los sueños pareciéndose a la vida y la vida a los sueños. Un día despiertas, miras por la ventana el mar, y no entiendes cómo es que has llegado hasta allí. Superstición. Desconfías hasta de la almohada. Das los pasos como si la habitación fuera, al fin, la luna. Un nuevo día, otra perla que engarzar en el collar. Otro párrafo, otra literatura comienza a tallarse dentro del caparazón, otro espiral en la caracola. Pensar en la escritura mientras se escribe. Redundancia, cautiverio feliz. Descender hasta donde sea menester en el lenguaje y desafiar con voz y espada al horco malhumorado. Mirar desde su puerta el

lago profundo donde todo ha sido guardado, donde el tiempo es dimensión. Eso es todo, es suficiente. Despertar. Todo se desvanece en el instante. El día es un cansado discernimiento de acertijos. Lo que fue es ahora asunto del recuerdo pantanoso. Todas las joyas ahí se nos cayeron, pero, aunque perdidas, prudente es honrar esa biografía. Aun esas crueldades que nos componen, tanta cosa no elegida: la guerra fría que fue nacer en las postrimerías. Por el televisor, ver estrellas de plomo surcar los cielos sin concierto. Nos aterraba ese mundo árabe terrorista, cuando nuestros propios muertos flotaban aguas abajo por los canales de Santiago a vista y paciencia del mediodía. Acá no veíamos las balas, pero retumbaban sin cesar en las esquinas. Los huecufes en busca de su oro verdadero.

La vitrina está cerrada. El cristal se burla mostrándome mi fatuo reflejo. Todos esos fuegos ardieron y se consumieron. No sabemos cómo volver a los lugares sagrados ni conocemos los hechizos. Pero, de todos ellos, de esos fuegos, podemos contar su historia. Intentar que ocurran en forma de literatura.

¿Por qué le llaman Río de la Plata? Me preguntaba de niño cuando visitábamos a nuestros primos. Yo veía un enorme charco de barro tibio, antónimo a las aguas gélidas y azules del Pacífico. Pero hoy entiendo. Barro, la plata de los tontos, de los que sueñan. Si lo miras justo desde el ángulo

correcto, a la hora afortunada, el sol le relumbra a ese pantano escamas de metal. Eufemismos y mentiras, lo que era un recuerdo vago de pronto se construye en figura literaria, constelaciones para mirar con los ojos entrecerrados, buscar el ángulo propicio, atisbar de soslayo para ver si la pirita se vuelve oro, ese que relumbra del sol y que basta y sobra a las cigarras. Este vicio inextinguible y gratuito. Sempiterna felicidad de construir un camino para la eudemonía.

América del Sur siempre intempestiva. Hubo serpientes y tarántulas dentro de la casa de los padres. Tenían nombres. Fueron parte de una extraña familia sustituta. Todas esas bestias huyeron, ellas y sus millares de semejantes ya no están porque ese mundo ha desaparecido. Perros y gatos, más que hermanos y amigos. Todos fueron enterrados. Pero a otros les tocó enterrar no solo a sus mascotas. Aquí y allá siempre fue esta ominosa iluminación la historia de los hombres. Que no era ni nunca fue la historia del mundo. Esa roca sucia y grande, la perla del oro. Pesaba más que todas. Hizo del collar un yugo. Fue rápidamente arrojada a los cerdos cuando la encontré. Ellos se han regocijado, se la comieron. El collar de piritas, oro pobre, oro de los tontos que nos hace hermanos, no tienta el deseo de nadie. Es secreto y privado. Nadie te lo extirpará.

Quiero pensar en la felicidad más grande y ya caigo dentro, a salvo, en el caparazón. Aquí dentro, la casa crece:

cada día es más largo que el anterior. Se suman curvas a la espiral vertiginosa de la caracola. El rumor del océano mundano resuena en los ecos de todo lo pasado. Una ola tras otra deja una vía de espuma. Algo que parece tener estructura, un acuerdo de la materia por permanecer, pero que rápido se fuga. Y se me aparecen dos poemas que siempre me acompañan. En realidad, son más. Pienso en Watanabe que, siempre marcial, cierra sus poemas como si poseyera la navaja de Okham con la que sabe al fin hacer el corte exacto en el nudo gordiano que confunde los pensamientos informes y el lenguaje de la verdad. Una praxis para tantear el camino de en medio sin desbarrancarse por los despeñaderos. Nos sabemos, de pronto, todos, el guardián del hielo. O, como el lenguado, a veces soñar, ya sin miedo, que nuestros límites se expanden, que somos todo el vasto fondo marino; corroborar, ya cruzado el río, haber dejado el cayado enterrado en el limo. Alguien viene en la vía opuesta y lo necesitará para tantear el oculto lecho.

No respondo nada y otra noche sucede. El día es una bola de cristal hechizada. El sol una madeja encandilante. La Fortuna enhebra el hilo nuevo, o acaso es el mismo de ayer y el de antes de ayer, quién pudiera esto contestar... ¿Lo más feliz que me ha pasado en la vida? Estoy, lo juro, frente a la bola de cristal, intentando responder. Veo en ella un aleph personal. Pero nada de él entiendo, tantas cosas

sucediendo sin ton ni son... La lucidez era de la literatura. En esa bola de cristal solo veo mi reflejo deformado, un narciso como un sapo frente a una esfera de tinieblas. Sí, yo sé cuál es el suceso más feliz. ¡Echar a andar la rueda de la fortuna ciega, y cozo con ella!

Uruguay





Melisa Machado

(Durazno, Uruguay, 1966). Poeta, periodista cultural, docente en literatura creativa, terapeuta. Premio Nacional MEC 2019, Primer Premio Poesía Inédita 2019, Segundo Premio Poesía Édita, 1994, entre otras distinciones. Ha escrito: *Ritual de las primicias* (1994), *El lodo de la estirpe* (2004), *Rituales* (2011), *El canto rojo* (2013). Ha participado en festivales de poesía de Uruguay, Nicaragua, México, Reino Unido, EE. UU.

Siete vidas

A los veintiuno vino la segadora y cortó mi cara de ceja a ceja, de boca a oreja, del lado izquierdo y del derecho. Tajeó también las dos mejillas y las líneas de mi cuello. Delineó, cual bisturí experto, de extremo a extremo, el rostro todavía redondeado y me hizo adulta de un porrazo.

«Bienvenida sea usted a la edad en que comienza a ser. Hoy fuimos hasta aquí. Mañana nadie sabe», dijo y partió, arrepentida y casi misericordiosa.

Quedé entonces con las mejillas dibujadas, con los pómulos prominentes, con un ojo dulce y otro frío y penetrante. Uno que ve y otro que no. Y con este aire de búho o lechuza.

Entonces tuve este trato doméstico con lo inconmensurable. Algo comenzó a manar por los bordes de las heridas, disipando toda sombra y haciendo brotar palabras de un revuelto de sangre, piel y huesos. Asomada al pozo más oscuro, solo escuché silencio. Vi a la esplendorosa. Su voz dijo: «El primer uso que puedes hacer de esto es el no uso. Solo después podrás utilizarlo. El primer conocimiento es el no conocimiento. Algún día entenderás». Y se marchó.

Me vi pegada al centro de algo que no sé nombrar, teófa-ga delirante en busca del sentido de las cosas, desampara-da núbil en busca de la luz, con el cuerpo aún liso y afelpado, la boca cortada hacia los lóbulos, los ojos ribeteados hasta las sienes, la cola larga y sedosa, las uñas brillantes y los pezones pequeños, ocultos entre la mata de pelo, como capullos rosados. Una nueva belleza.

Los pensamientos me crecían como flores silenciosas, mi boca comenzó a emitir frases únicas. Caían bromelias y cuarzos de mi lengua y los hombres empezaron a seguirme por las plazas, por los jardines, en la calle, en toda pérgola o sendero. Se me enroscaban como víboras.

Yo huía o me dejaba hacer, todo dependía de las fases de la luna. Que no era lo mismo que si estaba creciente o menguante o en qué etapa de la vida me encontraba, si en mis treinta, en mis cincuenta o en mis ya casi setenta. De todas formas, salía disparada como mosquito devorador de plasma o entraba al cortejo cual gata ronroneante.

Desde entonces fui glorificada y bendecida. Lo que ocurrió fue lo siguiente: de siete lugares precisos de mi cuerpo comenzaron a salir siete colores y siete fragancias, siete vórtices de éxtasis y locura.

El primer vórtice me salió en el perineo; es de color granate y reúne raíz y fuerza. Asciende desde ese delicadísimo punto hasta mi boca y emana un aroma agri dulce, frutal, mezcla de uvas con limón o nísperos.

El segundo va del rojo al naranja y se me instaló unos dos dedos debajo del ombligo, en ese punto en que los chinos llaman el mar de la energía. Emula el color cambiante de las llamas, huele a dama de la noche y al jazmín elocuente de la primavera.

El tercero se me abre a la altura de la boca del estómago, en el centro del diafragma. Es amarillo como piedra de ámbar. Se abre y se cierra como anémona ante un eventual intruso. De él sale un olor a miel y tiene una textura untuosa, como ella.

Entre los pezones, exactamente en la punta del esternón, mi cuerpo emite una luz verde esmeralda como la copa de los árboles iluminada por el sol. Su olor es amable como el de las madre selvas.

En la garganta tengo el quinto, azul cual cielo despejado o como el más puro océano: lapislázuli faríngeo, con aroma a sal y a frutos marinos.

Sobre el entrecejo, el sexto, violeta y palpitante, anclado en la cicatriz central, ojo avizor, el primero en ver el amplio territorio de la caza, capaz de entender lo que está más allá de las palabras y las formas. Despide un olor a lavanda que tranquiliza toda presa hasta dejarla inmóvil.

Y en la cúspide de la cabeza, el séptimo vórtice, blanco iridiscente, sedoso como las magnolias. Con un aroma no humano e indescriptible. Desde allí la luz se vierte en capas, por delante, por detrás y a los costados del cuerpo.

Desde entonces todo ser que tiene trato íntimo con estas luces instaladas en mi cuerpo sale disparado como bolido en el momento del éxtasis hacia algo que no sé nombrar. Toda presa muerta y renacida.

Desde entonces tengo este trato cotidiano con lo divino, los lujos del pensamiento y el cuerpo húmedo y abierto, como imán.

En lo más hondo, los repliegues de la luz, los nudos visibles e invisibles, el peso de la desaparición de los otros y una claridad que se asoma intermitente por las hendijas de las heridas. Eso que ilumina más que cien ventanas.

No es que quiera importunar, pero me quedó clarísimo que la felicidad no está en el piso veinte, ni en las cilindradas, ni en el templo, ni en la bolsa, ni en aquello que se toma, se engulle, se controla o se atesora. Aquello nada tiene que ver con esto.

Abriré ahora los propios labios: los carnosos, los cítricos, los humanos y los otros. Los de arriba y los de abajo. Los frutales y los lumínicos. Soy la vívida de siete vidas y de siete velos. Me ajusto los ojos a las órbitas para hablarles. Escupo palabras como orquídeas y como clavos.

Entonces vino el zorro, vino con su ávido hocico erecto como un falo. Le gustaba merodear cerca de mi casa, allí donde picoteaban las gallinas. Hasta que robó un huevo y lo trajo. Fue y vino varias veces. Tuvo siete enfrentamientos con las aves.

«Dame más», le fue diciendo el zorro a cada una. Y ellas, tan obedientes como aterradas, fueron poniendo huevos para él. «Que sean siete», dijo. «Ni uno menos». Y ellas acataron. Parieron los huevos como frutos maduros. Los volcaron suavemente en el suelo acolchonado de los pastos.

El bicho ese vino el lunes, el día de la Luna. Vino el martes, día de Marte. Vino el miércoles de Mercurio. Vino el jueves de Júpiter. Vino el viernes de Venus. Vino el sábado de Saturno. Así, hasta el domingo. Vino todos los días hasta completar la tarea. Cada día trajo las pepitas calcáreas hasta la casa y las fue poniendo una a una en cada vórtice de mi cuerpo, como quien engarza una gema en el lugar exacto que le correspondería en un collar.

Siete lugares.

Siete huevos.

Siete salivazos eruditos.

Yo lo esperaba echada en el pasto bajo la magnolia. Cada acercamiento, un clímax. El animal, todo un experto, me fue engalanando con sus joyas. Hasta que fue suficiente.

«Basta, basta», le dije. Y el bicho ronroneó, complacido por los servicios prestados.

Entonces partí los huevos con las manos luego de haberlos entibiado en el cuerpo. Batí las yemas. Reservé las claras. Puse el dulce al fuego hasta convertirlo en una masa espesa. De la casa salía olor a almizcle y en la puerta una flor

carnosa había crecido tanto que no atiné a ver al hombre que venía. Cuando fui a trancar la entrada, él ya estaba dentro.

«Hago manjar del cielo», le dije. El hombre asintió.

«Su animal le robó a mi ave, pero no importa. Vengo por usted», murmuró bajito, muy bajito.

Al oír estas palabras, el primer vórtice resplandeció, se encendió de un rojo muy vivo y desde allí me corrió una línea ascendente hasta el ombligo, y las caderas se me fueron poniendo de un naranja casi oscuro.

La casa olía a nísperos. De los rincones empezó a manar almíbar y ya no se sabía si era del budín o de los cuerpos. De reajo ambos atinamos a mirar la hornalla y alcanzamos a ver cómo el budín se desbordaba y empezaba a resoplar sobre el agua hirviente.

Las bocas cortaron telas y otras cosas. Las mandíbulas temblaban y lanzaban rayos. El hombre exhibió su rabo de sedosa piel. Tenía un sexo grueso y firme y de su cúspide manaba un líquido traslúcido. Parecía felino en actitud de caza con el gorjeo aquel.

Entonces se apersonaron todas: Juana, Delmira, Marosa, Cristina y hasta Hilda y Clarice, estas dos últimas farfullando en portuñol. Todas escribían versos como locas y reclamaban sus derechos. De autoras y de féminas sexuadas. «Intertextualidad», clamaban. «Queremos eso que llaman tantra: práctica insólita o tejido fino, en ocasiones verborrágico, que encabalga imágenes, cuerpos y palabras».

Otra vez, Eros, dulce y amargo, comenzaba el desmembramiento.

Y todas participamos. En la cocina el budín centelleó, largó vapores y chirridos varios. Las caricias fueron gran lío, pero de la más fina estirpe. Anidaron todas las palabras, toda lengua, toda simiente lingüística y de las otras.

El jadeo, lento y profundo, fue ganando ritmo y velocidad. Algunas escandían sus versos en voz queda. Otras gritaban y estallaban como higos maduros mientras parafraseaban a D. H. Lawrence, su celeberrimo poema:

Los higos maduros no aguardan.

Los higos maduros no pueden guardarse.

El año ha caído sobremaduro.

El año de nuestras mujeres.

El año de nuestras mujeres ha caído sobremaduro.

El secreto se ha desnudado.

Parecía que rezaban mientras exhibían sus cuerpos como frutos de estío macerados por el sol. Eran manzanas bárbaras, hembras poderosas de extrañas fosforescencias. Las pieles erizadas. Las lenguas filosas y prósperas, abundantes.

Delmira llevaba la voz cantante, pero detrás la seguía Hilda, agitando en su mano derecha su obscena señora D., ese gran libro. Hasta que llegó Cristina, la Peri y ordenó:

«Ahora laman los delgados breteles, esos columpios báquicos, laman hasta que se empapen y se deslicen por los hombros. Sosténganlos suavemente entre los dientes como a presas. Oigan el íntimo crujir de la seda. Observen la tinta que se desprende y corre por los costillares junto a los hilos de saliva. Tiren de ellos hasta que los senos se muevan como médanos alterados por el viento. O hasta que las puntas asomen de las copas de los corpiños o sutienes. O como quieran llamarles a esos corsés tan incómodos».

«Tengan cuidado», dijo el hombre, la voz entumecida por el deseo.

Éramos siete las mujeres, siete poetisas concentradas en el tejido y en el farfallo del manjar cocinándose a fuego lento.

Entonces quedé irremediabilmente embarazada, toda vientre hasta el final, globulosa ampolla de bordes enardecidos, con los pezones duros y mojados pegados a la tela, esperando la desocupación del vientre. Con cuentos y poemas en la boca, escupiendo hebras de seda y versos.

De cada pluma se desprendían líneas encabezadas por el fragmento 31 de Safo:

*Me parece igual a los dioses
ese hombre que frente a ti
se sienta y escucha atento
tu dulce charla.*

El hombre había quedado fuera como un recién nacido, como un naufrago mecido por las olas. Anclado en el deseo como mejillón a la roca, como musgo a la tierra. Su cadera aún subía y bajaba, ascendía y resbalaba, sumergido en el vacío, resistiendo y entregándose alternativamente a la ansiedad y al vértigo.

«Eros es falta», había dicho Sócrates. «Pero el solo hecho de entrar sana», había replicado la Dickinson.

¿Es que acaso se me había otorgado la conciencia de estos siete lugares en el cuerpo, estas siete agarraderas, para el mero goce carnal e inaudito de las palabras? ¿Para tejer y exhibir un sofisticado palimpsesto, un gran intertexto? ¿Para diseccionar el deseo, implacable e instalar un largo discurso repetido, plagado de citas y referencias subliminales donde el lenguaje reabre las heridas, las sana y las cauteriza?

Entonces todo se incendió. El fuego se derramó desde la cocina y en lo alto de las llamas, enarbolado en el humo, el precioso budín, ese manjar único, se fusionó con las alturas.

Y llegué hasta aquí y les cuento esto. Para que lo celebren. Porque el hambre suele carcomer a la gente que mira la escena desde afuera, la nariz pegada a los cristales.

Perú





Enrique Bruce Marticorena

(Lima, Perú, 1963). Ph. D. en Literaturas Hispánicas del Centro de Graduados de CUNY. Ha publicado un libro de cuentos: *Ángeles en las puertas de Brandenburgo* (1994), y otros dos de poesía y prosa poética: *Puerto* (1992) y *Jardines* (2013). Es autor del ensayo *Madre y muerte inmortal: género, poética y política desde los textos de César Vallejo* (2014) y de *Estantes oscuros: el mal como estética en el Modernismo y la narrativa fantástica en Latinoamérica* (2017).

Fui selva

Rebasados ya los cincuenta, ¿habré tenido en mi vida si no momentos felices, al menos auspiciosos o que me hayan regalado epifanías o concedido importantes puntos de inflexión? Creo que sí. He tenido momentos de una extasiada sensación del mundo, en que al mundo y a mí nos sumergían y hacían emerger, a la vez, una sola oleada de vida. Disolviéndonos o integrándonos en una unidad presentida, sin nombre.

Una primera oleada de vida la asocio a un juego de los escondites en una casa de playa al sur de Lima, cuando niño. Estábamos un grupo de chicas y chicos en una habitación a oscuras y alguien de fuera de la habitación tenía que entrar, cerrar la puerta tras de sí y encontrarnos a cada quien en nuestro escondite. Un niño de pelo oscuro, de cuyo nombre nunca podría acordarme, me susurró que nos escondiésemos juntos. Eso hicimos, detrás de una cama camarote, debajo de unas persianas de madera que sellaban una ventana que daba al estrecho malecón que bordeaba la playa. El mar azotaba la orilla y el olor salino de la brisa había impregnado la madera de las persianas. La luz de un poste en el malecón se

había infiltrado a través de los listones de madera e iluminaba tenuemente los rizos de este niño cuyo aliento sentía cerca.

Eso era todo. Ese fue el momento feliz que me prodigó un niño sin nombre: la proximidad de un cuerpo. Rizos oscuros. El olor tenaz del agua salina y la madera. Las olas que sacudían el mundo de fuera y de dentro de esa felicidad. Desde entonces mi concepto –endeble– de la felicidad sería el de un momento fragmentado, sin apenas conexión con sucesos anteriores o posteriores. Una cuestión de captación sensorial –olfato, vista, oído– almacenados en la memoria feliz y conjurados, ocasionalmente, por estímulos físicos que vendrían después. El olor a persianas de madera, sobre todo frente a un cuerpo de agua salino, me traería el recuerdo de ese niño junto a mí en los años por venir. Toda noche marina habría de significar también la inminencia de un animal subacuático, temible pero maravilloso a la vez. Siempre.

He sido feliz bajo todas las luces. Mis padres, mis hermanos y yo jugando con la nieve en las alturas de Ticlio, el cruce ferroviario más alto del planeta, cuando íbamos rumbo a la ciudad de Huancayo, en la sierra central peruana. Esa nieve primera de mi vida no consistía en otra cosa que unos parches blancos, mezquinos, al borde de la carretera. La felicidad toca con la vara a un niño y lo hace rey de un imperio de nieve. También le provee a ese niño de un cielo azul como se debe a la majestad de un sujeto imaginativo. Esa excursión a Huancayo con mi familia tendría como punto primordial de su

agenda la persecución de los Bruce de las tormentas del valle del río Mantaro, tormentas que no había en la meteorología abúlica de Lima. Mis padres, mis hermanos y yo nos convertiríamos así en cazadores de tormentas. Enfiláramos el carro hacia el horizonte del fuego blanco. La violencia de esa nueva luz, el olor a pólvora del aire, se situarían en el nuevo catálogo de sensaciones que colaborarían, en los años venideros, con la delineación de un sentimiento de contento, pero acompañado siempre de una sensación de perentoriedad.

Siempre supe en mis momentos de violencia lumínica que toda felicidad era perentoria. Y que ella no podría culminarse sin la fase de rememoración. De tal manera que para que la felicidad constituyera una experiencia completa tendría que concluir en algún punto y hacer que una conciencia –la mía en este caso– dijera como en un relámpago: «Fui feliz». Su plenitud requería de lo pretérito, de lo ya acabado. El presente se consumiría en el fuego de lo ya ido.

Mis pulsiones también delinearían ese subgrupo de felicidad –me pregunto si hay otro–. A mis veinte años, lidiaría con mi orientación sexual en una Lima algo pacata. Recuerdo que paseaba por una feria de libros a inicios de los ochenta, en un parque de Miraflores, hasta que, detenido en un puesto en particular, empecé a hojear una edición de *El retrato de Dorian Gray*. «Cómpratelo», me susurró una voz cercana. Volteé y me di con un joven desconocido de pelo color miel y facciones y sonrisa afables. Compré el libro e

iniciamos, el desconocido y yo, una conversación fluida. Él estudiaba abogacía, pero quería estudiar música. Yo estudiaba arquitectura, pero me interesaba escribir. El deseo y el obstáculo paralelos unen como nada a dos espíritus jóvenes. Estuvimos intercambiando palabras y forjando, en un par de horas, un universo paralelo al que vivíamos, hasta que me topé con un grupo de amigos de la facultad. Me acerqué a ellos sin presentar a mi compañero. Nunca lo haría. Mi nuevo amigo se quedó aislado en medio del gentío de la feria hasta que un grupo de conocidos suyos dio con él. Me miraba. Lo miraba. Cada uno desde nuestros respectivos grupos. Ninguno hizo nada para cambiar el curso de una historia de separación prematura.

Nunca sabría de él. Los años borraron su nombre y su rostro. Fue por esa experiencia que mi concepto de felicidad se definiría por su reverso. Sabría de ella porque no supe asirla en su momento. La homofobia internalizada me trunció un posible sendero de luz. Algo de mi vida acabó en una feria, entre los libros que siempre amé. Un universo paralelo no pudo ser más que la antimateria de mi vida rutinaria, consensuada, comunicable. No fue una física afirmativa, fue más bien un sistema perfecto de negación. Un cúmulo de vectores se anularían en el hoyo de un universo negro. Un reverso.

No tengo hijos. Estuve enamorado, con urgencia o serenidad, pero, con los años, no he podido establecer una rutina con nadie. He tenido amantes, pero no he convivido con

ninguno de ellos. Cuando muera –y esto lo he pensado muchas veces–, no veré el rostro de nadie que me ayude a cruzar el umbral. He experimentado el cariño profundo y he estado a la altura de un duelo solemne, he llorado pérdidas y conozco la lumbre tibia de la amistad y la exaltación compartida, pero ningún rostro conformará la última luz antes de la noche de piedra que me espera a mí como a todos. Solo moriré.

Por ello siempre amé la ficción y la cabalidad de las obras de arte. El artificio me insufló la vida que mis días no pudieron proveer del todo. Amé y sufrí con intensidad por medio de fantasmas. O fui yo el fantasma que se nutrió de la carnalidad de criaturas de ficción e imaginación. Todo amor fue mío. He amado hijos y los he visto partir por medio de un *écran* o las páginas de un libro. He sido el héroe arrojado o la mujer que cruzaba territorios inhóspitos con la sola misión de ser ella misma. He sido el indio de Arguedas y el gamonal que Arguedas mismo también consideró como merecedor de existencia. He soñado todos los sueños y el pavor de muchas vigiliass ha sido mío. He sido feliz en el viaje de la ficción, ya sea la mía propia o, mejor, la de otros. He contrastado la inmediatez de las muchas ciudades en que he vivido, o conocido, con el espectro de las mismas en los libros repasados. O, en ocasiones, he procurado otorgarles vivacidad a las ciudades acartonadas de la realidad y hacerlas vencedoras por sobre sus gemelas de la ficción.

Ha habido oportunidades en que la realidad de un bar, la risa de amigos, el juego de luz de algún vitral, la ilación secuencial de un malecón vencían al sortilegio de la página que las había antecedido o sucedido. A veces en la imaginación, a veces en el recuerdo o a veces en ambas instancias indistintas he constatado el mismo sol alargando sombras en diversos territorios. He repasado en el sexo las pieles del desierto; no en pocas ocasiones, las noches solitarias sobre la arena me han llevado al refugio de una cama singular. Hay prados que creo haber conocido y muchas otras topografías. He deambulado por selvas, avasallado por sus estímulos sensoriales dentro y fuera de los libros. Un rumor en el follaje me ha alejado de las páginas o me ha sumergido en ellas en una nueva noche y una nueva luna.

Recuerdo una selva en particular. Fui yo mismo una selva una vez en la estación previa a las lluvias del 2016. A fines de ese año, llegamos Stefano –un amigo italiano ya afincado en el Perú– y yo al aeropuerto de Pucallpa, en la región amazónica del Ucayali. Salimos del terminal aéreo y fuimos en el acto a la agencia de viajes que previamente nos había contactado con el Centro de Sanación de Mayantuyacu. Una vez que llegamos allí, registramos nuestros nombres, los empleados hicieron unas llamadas y Stefano y yo decidimos esperar en los alrededores de la agencia hasta que nos recogieran, distrayéndonos con algunos refrescos de la zona y algún platillo; calibrábamos, por igual, el registro lacónico

de los residuos plásticos atorando las acequias. Pocas horas después, una *pick-up* nos recogía de la oficina turística y seguiríamos los caminos polvorientos que pasaban por los diferentes caseríos y poblaciones que separaban Pucallpa del río Pachitea, en la frontera con Huánuco. Teníamos que llegar hasta el puerto de Honoria para tomar un bote que nos llevaría hasta un camino de trocha que solo los lugareños conocían, río abajo.

Por las ventanillas de la *pick-up* se colaban los cielos azules, las nubes bulbosas desconocidas para los limeños de cielos rasos y desvaídos. Parches de bonanza ganadera y pastizales alternaban con granjas precarias y perros amarillos, todo en medio de una vegetación magnífica. Respiré el tufo cargado de la selva: solía ser mi saludo ritual a mis excursiones esporádicas al trópico, cuando recién arribaba. Mi ritual olfativo continuó con parsimonia a lo largo del tramo del río, una vez llegados a las aguas turbias del Pachitea, cuando zarpamos de Honoria hasta llegar, ya de noche, al punto indicado de la ribera donde nos aguardaban dos jóvenes guías. Nos apeamos de la barca al lodazal y dimos inicio al sendero que se internaba en el universo de ruidos y vegetación profusa. Traté de adivinar las caras de nuestros guías, pero la luz de la linterna no hacía más que deformar sus facciones cuando ellos decidían alumbrar sus caras de abajo a arriba, al momento de darnos una rápida advertencia sobre una pendiente o algún túmulo en el camino.

El manto de estrellas era interrumpido por arbustos de hojas de envergadura amplia. En pleno estado de contemplación citadina, me aconsejaron mirar hacia abajo para ver dónde pisaba. Con piedad, no nos previnieron de la serpiente de coral venenosa que era connatural a la zona. Les bastaba con su propia experiencia para sortearla.

El recorrido duró como media hora, sin mayores contratiempos que no fuesen el de un resbalón ocasional o un chicoteo en la cara de alguna rama. Cuando llegamos al lugar, los guías alertaron sobre la pendiente que tendríamos que bajar antes de entrar al campamento de Mayantuyacu. Fuimos recibidos por las luces de las edificaciones de madera y el ruido monocorde del generador. No parecía haber nadie. Juan Flores, el chamán, y sus asistentes, estaban durmiendo, lo mismo hacían los pocos huéspedes del lugar, aposentados todos en sus respectivas cabañas.

Al día siguiente, Stefano y yo teníamos todo el día para deambular por el centro. Tratamos a algunos huéspedes del campamento, muchos de ellos extranjeros. El tramo del río Mayantuyacu, un afluente del Pachitea y que colinda con el centro, es de aguas hirvientes. Estas aguas brotan del fondo de la tierra en una zona no volcánica, cosa que hace del río un fenómeno hidrográfico singular. El vapor emana como un espectro en la arboleda verdinegra. Nada vivo puede crecer en ese tramo fluvial, salvo cierta especie de liquen y de vida bacteriana persistente. Era llamado el Río de la Muerte y sus aguas

le cantaban, paradójicamente, a un centro de sanación. Nunca hubo poblaciones naturales en la zona; por lo mismo, en una época no lejana, antes de la fundación del centro, abundaba el otorongo a salvo del depredador humano.

Mi experiencia con el ayahuasca se dio en mi segunda noche en Mayantuyacu. Estuvimos los huéspedes del lugar, el chamán y sus asistentes en la circunferencia de la maloca erigida en la parte central del asentamiento. Fumé el tabaco y luego probé el brebaje turbio de la enredadera *Banisteriopsis caapi*, el ayahuasca, en idioma de los shipibo-conibo. Nos arrullaban los ícaros –las letanías– del chamán y sus asistentes y el rumor del trópico. Esperé unos minutos.

Un bosque vino a mí en su exuberancia, deslizándose y fijando, por consiguiente, una coordenada donde adiviné estaba mi cuerpo. O lo que creía era mi cuerpo. Las hojas desplegaron ante mis ojos nervaduras gigantescas. El sujeto que alguna vez fui y que exigía formas y razón de ser a lo percibido por sus sentidos se vio inmerso en un mundo de texturas craqueladas y de pliegues, de colores rasgados por fisuras y destellos, y planos translúcidos. No hay olor, solo visiones de color y superficie. Algo en ti, algo que fue tu mente, afirma el simulacro del insecto, el simulacro del reptil o la planta, pero, ineluctablemente, ese resquicio de tu mente cae vencido y se extiende todo lo demás hasta aniquilarte. A la postre, triunfan el insecto, el reptil y la planta, libres de la cárcel de la categorización.

Existe el amor, pero no lo sabrás mientras habites los territorios del ayahuasca: todo te busca y solo más tarde, en la vigilia de tu mente y de tu cuerpo, sabrás que fue amor. Y, más tarde, tendrás que redefinir el amor o aquello que te busca e inquieta por ti. El tiempo no existe o, al menos, no discurre en la dimensión lineal que le adjudica nuestra vigilia. Escribo esto para validar el *racconto* de mi viaje en el lomo de una serpiente cuya forma total me fue vedada a mis ojos, serpiente que solo reconocí por las escamas que se desplegaban como abanicos gigantes, unas superpuestas sobre las otras.

La poesía puede prescindir de la secuencia narrativa, puede apelar a la dilación de un evento o el traslape de uno en otro.

La poesía y el ayahuasca (¿se les puede reunir?) permiten así el traslape del insecto y la serpiente. En un momento en el viaje sobre el lomo de la serpiente que mencioné líneas arriba, por medio del bosque de luces y de texturas, me aferré de pronto, a una cúpula metálica, casi podía circunvalarla con mis brazos; solo después me di cuenta de que abrazaba el ojo de un insecto. En el transcurso del vuelo del insecto, el verde nos rodeaba sujeto a sus fuentes originales: las hojas. Fue por ellas que caí en la dulce trampa de la caricia: las hojas gigantes me rozaban el cuerpo y ese toque lo delimitaba, no otra cosa. Mi cuerpo se tornó así en un mero decreto del follaje.

No sé si lloré en la cópula vegetal. Solo ansiaba que no terminase. Pero nada podía terminar en la cópula, así lo sentía; el miedo, pues, no consistía en la posibilidad de su terminación sino en la transacción de realidades: el sujeto de la vigilia, de la mente y su cuerpo podrían asomarse en cualquier momento y desvanecer la realidad del bosque, el animal y el ayahuasca.

El ayahuasca, generosamente, marcó una impronta, un puente entre ambas realidades: me hizo ser consciente de mis piernas laxas sobre el suelo, las cuales transformó en enredaderas que se encarnaron en mi torso. Mi cuerpo de quimera fue mi última dulzura. La última visión del ayahuasca fue la visión del pacto entre ella y yo, la metamorfosis de mi cuerpo en el reino vegetal.

Y este fragmento escrito avisa de la experiencia de esa transformación.

El tiempo existe y en él escribo esto.

Han transcurrido casi cinco años de la transacción de realidades. He regresado, claro está, a la realidad de mi vigilia, mi mente y mi cuerpo.

Fui selva. Fui feliz.

He vivido lo suficiente para escribir esto.

La ilustradora

Isabel Gómez Machado

Nació en Medellín en 1995. Es diseñadora gráfica de la Universidad Pontificia Bolivariana con énfasis en ilustración, animación y diseño de autor. Estudió artes visuales en la Accademia d'Arte di Firenze (Italia). Trabaja como ilustradora editorial, animadora y en proyectos personales. Su obra enmarca situaciones cotidianas, espacios familiares y memorias íntimas de su infancia. Lo mejor que le ha pasado en la vida fue crecer en una casa vieja del campo antioqueño, con un árbol de mangos en el patio central. El recuerdo de ese lugar está retratado en las ilustraciones de este libro.



Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2021 en papel Earth Pact,
elaborado a partir de la caña de azúcar.

Medellín, Colombia.







Latinoamérica

cuenta
2021

Latinoamérica cuenta, 2021 es de nuevo una edición especial de esta colección. Como en 2020, se proyecta a diez naciones de la región, aún en el marco de la pandemia, aunque ahora estemos regresando, poco a poco, a una nueva versión de la normalidad.

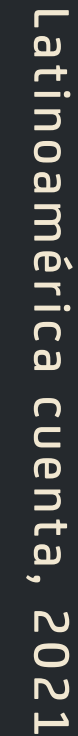
Diez escritores de diez países latinoamericanos hacen aquí una revisión de sus propias vidas, en busca de hitos o experiencias que los hubieran marcado indeleblemente y trazado sus destinos de una manera singular, siempre guiados por un deseo indoblegable de darles un sentido a sus existencias, no pocas veces puestas en entredicho, pero que siguen adelante descubriendo plenitud y belleza por doquier.

He aquí una decena de textos de fuste, con la autenticidad y el brillo que caracterizan a los autores que comparten con nosotros sus vicisitudes, afanes, esfuerzos y deseos. Estos textos, propiciados y difundidos una vez más por SURA, constituyen un aporte que esperamos genere en los lectores mucha luz, esperanza y voluntad para que este mundo sea más amable y habitable de lo que es, tal como todos y cada uno de nosotros quisiéramos.

cuenta
2021

He aquí una decena de textos de fuste, con la autenticidad y el brillo que caracterizan a los autores que comparten con nosotros sus vicisitudes, afanes, esfuerzos y deseos. Estos textos, propiciados y difundidos una vez más por SURA, constituyen un aporte que esperamos genere en los lectores mucha luz, esperanza y voluntad para que este mundo sea más amable y habitable de lo que es, tal como todos y cada uno de nosotros quisiéramos.

Ilustraciones de
Isabel Gómez Machado



Dada la situación actual, y la posibilidad de recorrer América Latina de la mano de esta colección, quisimos proponer a diez escritores de diferentes países una pregunta que no se vence, con la idea de reunir entre todos algo de sentido y esperanza. ¿Qué ideas, hechos o personas les han cambiado la vida a los autores que se dan cita en estas páginas? Lo hicimos para tratar de descubrir lo mejor; esas punzadas del azar que de una vez y para siempre llegaron a iluminar lo incierto. Este libro está hecho de reflexiones y recuerdos que recuperan los momentos decisivos, o son el gesto para salir en su búsqueda.